

**AL PAÍS
DE LAS MONTAÑAS AZULES**

ALGUNAS PALABRAS¹

Recientemente, un importante periódico de Londres escribía con tono sarcástico que los sabios rusos, y con mayor razón las masas rusas, sólo poseían nociones harto confusas sobre la India en general y sus nacionales en particular.

Cada ruso, llegado el caso, podría responder a esta llueva “insinuación” británica, interrogando al primer anglo–hindú que encuentre, en la siguiente forma:

–Perdone esta indiscreción: ¿quién le enseñó y qué sabe usted con precisión de la mayor parte de las razas de la India que le pertenece? Como ejemplo, ¿qué han resuelto sus mejores etnólogos, sus más ilustres antropólogos, sus filólogos y estadísticos, luego de un debate de cincuenta años acerca de la tribu misteriosa de los toddes, en el Nilguiri, que parece haber caído de los cielos? ¿Qué sabe su “Real Sociedad” (por más que sus miembros se ocupen de esta cuestión, con riesgo de perder el alma, ya hace casi medio siglo), para resolver el problema de las tribus misteriosas de las “Montañas Azules”, de los enanos que siembran el terror, que difunden el espanto y a quienes llaman los “mulu–kurumbes”; de los jaunadis, de los kchottes, de los erullares, de los baddaques, sea cinco tribus del Nilguiri, más otras diez menos misteriosas, pero asimismo poco conocidas, pequeñas y grandes, que moran en otras montañas?

En respuesta a todas estas preguntas sí, contra todo, lo que el mundo esperaba, el inglés se hallase presa de un acceso de franqueza (fenómeno bastante raro entre los ingleses), los sabios y los viajeros rusos calumniados podrían oír la siguiente confesión, harto inesperada:

–¡Ay! Ignoramos todo de esas tribus. Sólo conocemos su existencia porque las encontramos, luchamos con ellas y las aplastamos, y a menudo ahorcamos a sus miembros. Mas, por otra parte, no tenemos la menor idea sobre el origen, ni tampoco sobre la lengua de esos salvajes, s aun menos de los nilguirianos. Nuestros sabios anglo–hindúes y los de la metrópoli casi pierden el juicio a causa de los toddes. En verdad, esa tribu representa un enigma para los etnólogos de nuestro siglo y, al parecer, un enigma indescifrable. Además, el pasado de esos seres tan escasos por su número, está cubierto por el velo impenetrable (le un misterio milenario, no sólo para nosotros los europeos, sino también para los mismos hindúes. Todo, en ellos, es extraordinario, original, incomprensible, inexplicable. Así como los vimos el primer día en que caímos sobre ellos, inopinada, imprevisiblemente, así permanecen, así son: enigma de esfinge...

Así hubiera hablado al ruso cualquier anglo–hindú honesto. Y de este modo me respondió un general inglés –que volveremos a encontrar luego– cuando lo interrogué sobre los toddes y los kurumbes.

–¡Los toddes! ¡Los kurumbes! –exclamó, presa de súbito furor–. Hubo un tiempo en que los toddes casi me enloquecieron y los mulu–kurumbes más de una vez me dieron

¹ Esta introducción fue escrita por H. P. Blavatsky.

fiebre y delirio. ¿Cómo y por qué? Lo sabrá usted luego. Escuche. Si alguno de nuestros imbéciles (*dunces*) funcionarios del gobierno le declara que conoce perfectamente o que ha estudiado las costumbres de los toddes, dígame por mi parte que se jacta y miente. Nadie Conoce esas tribus. Su origen, su religión, sus costumbres y tradiciones, todo ello sigue siendo *terra incognita*, tanto para el hombre de ciencia como para el profano. En lo que respecta a su asombroso “poder psíquico” como lo llama Carpentier², su así denominada hechicería, sus diabólicos sortilegios, ¿quién puede explicarnos esa fuerza? Se trata de su influencia sobre los hombres y los animales que nadie comprende ni interpreta en absoluto: esta acción es benéfica en los toddes, maléfica en los kurumbes. ¿Quién puede adivinar, definir ese poder que emplean según sus deseos? Entre nosotros, se burlan de ese poder desde luego y se mofan de las pretensiones de esas tribus. No creemos en la magia y calificamos de prácticas supersticiosas y de tonterías todo cuanto depende de la fe real de los indígenas. Y nos es imposible creer en ello. En nombre de nuestra superioridad de raza y de nuestra civilización, negadora universal, nos vemos constreñidos a apartarnos de esas estupideces. Y sin embargo *nuestra ley reconoce de hecho esa fuerza*, cuando no en principio, al menos en sus manifestaciones, puesto que castiga a quienes son culpables: y ello bajo diversos pretextos velados y aprovechando numerosas lagunas en nuestra legislación. Esa ley reconoció a los hechiceros, permitiendo ahorcar con sus víctimas a cierto número de ellos. Los castigamos así, no sólo por sus sangrientos crímenes, sino también por sus homicidios misteriosos en los cuales no se derrama sangre y que nunca pudieron ser legalmente probados en esos dramas tan frecuentes, aquí, entre los brujos del Nilguiri y los aborígenes de los valles.

Sí, tiene usted razón: comprendo que se pueda reír de nosotros y de nuestros esfuerzos vanos, prosiguió, pues, a despecho de todo nuestro trabajo, no hemos adelantado un centímetro hacia la solución del problema desde el descubrimiento de esos magos y espantosos brujos de las cavernas del Nilguiri (Montañas Azules). Y es esta fuerza verdaderamente taumátúrgica en ellos lo que nos irrita más que cualquier otra cosa: no estamos en situación como para negar sus manifestaciones, pues necesitaríamos, para ello, luchar cada día contra pruebas irrefutables. Al rechazar las explicaciones de los hechos, proveídas por los indígenas, no hacemos otra cosa que perdernos en hipótesis elaboradas por nuestra razón. Negar la realidad de los fenómenos llamados *encantamientos y sortilegios* y, además, condenar los hechiceros a la horca, nos hace aparecer, con nuestras contradicciones, como groseros verdugos de seres humanos: Pues, no sólo los crímenes de esos hombres no fueron aún probados, sino que llegamos hasta negar la posibilidad misma de esos homicidios. Nos cabe decir esto de los toddes. Nos burlamos de ellos y, empero, respetamos profundamente esa misteriosa tribu... ¿Quiénes son, qué representan? ¿Hombres o genios de esas montañas, dioses bajo los sórdidos andrajos de la humanidad? Todas las conjeturas que les conciernen rebotan como una pelota de goma que cae sobre una peña granítica... Pues bien, sépalo, ni los anglo-hindúes, ni los indígenas no le enseñarán nada de cierto acerca de los toddes, ni sobre los kurumbes. Y ellos no se lo dirán, pues no saben nada: y nunca sabrán nada...

De esta suerte, me habló un plantador nilguiriano, mayor-general en retiro y juez en las “Montañas Azules, al contestar todas mis preguntas sobre los toddes y los kurumbes, que desde hace mucho tiempo me interesaban. Nos hallábamos cerca de las rocas del

² Carpentier. Célebre fisiólogo (nota de Blavatsky)

“Lago” y, cuando se calló, oímos por largo rato el eco de la montaña que, despertado por su fuerte voz, repetía irónico y debilitándose: “¡nunca sabrán nada ...! ¡nunca sabrán nada...!”

¡Y sin embargo interesaba mucho saberlo! Semejante descubrimiento en lo concerniente a los toddees hubiera sido, sin duda, más instructivo que toda la novedosa revelación acerca de las diez tribus de Israel, que la “Sociedad de Identificación”³ acaba de reconocer, por casualidad e inopinadamente, entre los ingleses.

Y ahora escribamos lo que hemos averiguado. Pero, antes, aun nos queda por decir algunas palabras.

Habiendo elegido, en sus recuerdos, los toddees y los mulu–kurumbes como principales héroes, sentimos que abordamos un problema peligroso para nosotros, penetrar en un terreno indeseable para los sabios y los no sabios europeos, una tierra que les disgusta. Por cierto, ese problema, estudiado en los periódicos, no es de los que gustan a las masas. Y sabemos que la prensa rechaza obstinadamente todo cuanto que, de cerca o de lejos, recuerda a sus lectores los “espíritus”, el espiritismo. Sin embargo, cuando nos referimos a las Montañas Azules y a sus misteriosas tribus, nos es absolutamente imposible callar lo que constituye su carácter distintivo fundamental, esencial.

Cuando se describe una región muy particular de nuestro globo, y sobre todo los seres que moran en ella, misteriosos y muy distintos de sus semejantes, es imposible desechar del relato los elementos mismos con los cuales se edificó su vida ética y religiosa. Y en verdad, es tan inadmisibles actuar de esta guisa respecto de los toddees y de los kurumbes como representar Hamlet suprimiendo en ese drama el papel del príncipe danés. Los toddees y los kurumbes nacen, crecen, viven y mueren en una atmósfera de hechicería. Si damos fe a las palabras de los aborígenes y hasta a la de los viejos habitantes europeos de esas montañas, esos salvajes están en constantes relaciones con el mundo invisible. A ello se debe que en esta floración de anomalías geográficas, etnológicas, climáticas y otras de la naturaleza, nuestro relato al desenvolverse, se llene de historias en las cuales se mezcla lo demoníaco –tal como el grano bueno y la cizaña– o de irregularidades en la naturaleza humana, del dominio de la física trascendental, en verdad, la culpa no es nuestra. Conociendo hasta qué punto esta parte del conocimiento desagrade a los naturalistas, nos encantaría por cierto burlarnos, como ellos, de las lejanas regiones y “más próximas” a esa aborrecida comarca; pero nuestra conciencia no nos lo permite. Es imposible describir a las nuevas tribus, las razas son mal conocidas sin ocuparse, para no disgustar a los escépticos, de las manifestaciones más características, más destacadas de su vida cotidiana.

Los hechos son patentes. ¿Son acaso la consecuencia de fenómenos anormales, puramente fisiológicos, según la teoría favorita de los médicos; debemos considerarlos como los resultados de materializaciones (por cierto igualmente naturales) de fuerzas de la naturaleza que parecen a la ciencia (en su actual estado de ignorancia) imposibles, inexistentes y que, en consecuencia, niega?; esto carece de importancia para la meta que perseguimos. Presentamos, ya lo hemos dicho, sólo *hechos*. Tanto peor para la ciencia si nada aprendió en lo tocante a estas cuestiones y si, al no saber *nada*, sigue, empero,

³ *Identification Society of London* que se ha fijado la meta de profundizar la cuestión de las “tribus perdidas”. Dicha Sociedad es muy rica y es una de las curiosidades de Inglaterra (nota de Blavatsky).

juzgando los hechos como “absurdistas bárbaras”, “supersticiones groseras” y cuentos de viejas. Además, fingir la no creencia y reírse de la fe del prójimo en todo lo que uno admite como perteneciente a la realidad demostrada, no es propio de un hombre honrado o de un pintor exacto.

En qué medida creemos personalmente en la hechicería y en los *encantamientos*, el lector lo verá en las siguientes páginas. Existen grupos completos de fenómenos en la naturaleza que la ciencia es incapaz de explicar razonablemente: pues los señala como derivados de la acción única de las fuerzas físico-químicas universales. Nuestros sabios creen en la materia y en la fuerza: pero no desean creer en un principio vital separado de la materia. Y sin embargo, cuando les pedimos cortésmente que nos digan qué es esencialmente esa *materia* y qué reescrita la *fuerza* que la reemplaza actualmente, nuestros propagadores de luz se quedan boquiabiertos y contestan: “No lo sabemos”.

Entonces, mientras los sabios pueden hablar, aun hoy, de esa triple esencia de la materia, de la fuerza y del principio vital en forma tan deplorable como los anglo-hindúes de los todes, rogamos al lector retroceder con nosotros medio siglo. Le pedimos que escuche la siguiente historia: cómo descubrimos la existencia del Nilgiri (Montañas Azules), hoy el Eldorado de Madras; cómo encontramos allá gigantes y enanos desconocidos hasta ese día, y entre quienes el pueblo ruso puede encontrar plena semejanza con sus brujas y curanderos. Además, el lector se enterará que bajo los cielos de la India hay una admirable comarca donde, a unos tres mil metros de altura, en el mes de enero, los hombres llevan únicamente vestidos de muselina, y se arropan, en julio, en mantos de piel, aunque esa tierra sólo esté a 11 grados del ecuador. El autor de ese libro tuvo que seguir los hábitos de los aborígenes, mientras que en la llanura, unos tres mil metros más abajo, habla una temperatura constante de 118° (Fahrenheit) a la sombra *fresca* de los árboles más tupidos.

CAPÍTULO I

Hace exactamente sesenta y cuatro años, sea hacia fines del año de 1818, en el mes de septiembre, se realizó un descubrimiento, muy fortuitamente, Y de naturaleza por completo extraordinaria, cerca de la costa de Malabar y sólo a 350 millas de la ardiente tierra de Dravid llamada Madras. Este descubrimiento pareció a tal punto extraño, hasta increíble a todo el mundo, que nadie al comienzo creyó en él. Rumores confusos, enteramente fantásticos, relatos semejantes a leyendas cundieron en seguida entre el pueblo, luego más alto... Pero cuando se infiltraron en los diarios locales y se convirtieron en realidad oficial, la fiebre de la espera llegó a ser en todos un verdadero delirio.

En el cerebro de los anglo-madrasianos, de lentos movimientos y casi atrofiados por la pereza a causa de la canícula, tuvo lugar una perturbación molecular, para usar la expresión de célebres fisiólogos. Con exclusión de los *mudiliares* linfáticos que reúnen en ellos los temperamentos de la rana y la salamandra, todo se conmovió, se agitó y empezó a disparatar ruidosamente respecto de un maravilloso edén primaveral descubierto en el interior de las “Montañas Azules”⁴, aparentemente por dos hábiles cazadores. De acuerdo con lo que decían éstos, era el paraíso terrenal: embalsamados céfiros y frescor durante todo el año; comarca sobreelevada por encima de las eternas brumas del Kuimbatour⁵, del que caen imponentes cascadas, donde la eterna primavera europea dura de enero a diciembre. Las rosas silvestres, que se levantan del suelo casi dos metros, y los heliotropos florecen allá, lirios del tamaño de un ánfora⁶ embalsaman la atmósfera; búfalos antediluvianos, juzgando por su talla, pasean libremente, y moran en la comarca los brobdingnags y los liliputienses de Gulliver. Cada valle, cada desfiladero de esta admirable Suiza hindú representa un rinconcito del paraíso terrestre cerrado al resto del mundo...

Oyendo esos relatos, el hígado de los “muy respetables” padres de la “East India Company”, tan atrofiado y somnoliento como su cerebro, despertó a la vida, y la saliva les corrió por los labios. Al comienzo, nadie sabía en qué región precisa habían

⁴ El *Nilguiri* está compuesto de dos palabras sánscritas: *Nilam*, “azul” y *Guiri*, “montañas” o “colinas”. Esas montañas son llamadas así a causa de la resplandeciente luz bajo la cual aparecen a los habitantes de los valles de Maisur y de Malabar.

⁵ Según se supone, esa bruma se debe a los fuertes calores y a las exhalaciones de los pantanos; se forma entre 3.000 y 4.000 pies por encima del nivel del mar y se extiende a lo largo de toda la serranía de los montes Kuimbatour. Esa bruma es siempre de un color azul resplandeciente. En tiempo de monzón, se transforma en nubes que llevan agua.

⁶ Ésta es la descripción, no exagerada, de la flora más maravillosa, que quizás exista en el mundo. Matorrales de rosas de todos los colores trepan por las casas y cubren el tejado; los heliotropos alcanzan alturas de veinte pies. Pero las más bellas flores son las azucenas blancas cuyo perfume arrebató el corazón. Del tamaño de un ánfora, crecen en las grietas de las rocas desnudas en matas aisladas, de un alto de un metro y medio a dos metros, producen al mismo tiempo unas doce flores. Estas azucenas no se encuentran en las cimas cuya altura es inferior a 7.000 pies; sólo se las halla subiendo más alto. Y cuanto más alto se sube, más magníficas son; en el pico de Toddovet (próximo a los 9.000 pies), florecen diez meses en el año.

descubierto esas maravillas, y nadie pudo decir cómo y dónde buscar ese frescor tan atractivo en el mes de septiembre. Finalmente, los “padres” resolvieron que era menester sancionar el descubrimiento en forma oficial y reconocer, ante todo, exactamente lo que se acababa de descubrir. Los dos cazadores fueron invitados a la Oficina Central de la Presidencia y entonces se enteraron que en la vecindad de Kuimbatour los siguientes sucesos habían tenido lugar...

Pero, ante todo, ¿qué es Kuimbatour?

Kuimbatour es la principal ciudad de la región que lleva ese nombre, y ésta se halla a unas trescientas millas de Madras, capital de la India del Sur. Kuimbatour es célebre desde muchos puntos de vista. Ante todo, es una tierra prometida para el cazador de elefantes y tigres, así como para la caza menor, porque esa región, además de sus otros encantos, es célebre por sus pantanos y tupidos bosques. Presintiendo la muerte, los elefantes, abandonan, no se sabe por qué, los impenetrables bosques por los pantanos. Allí se sumergen en el profundo fango y se preparan tranquilamente para el nirvana. Gracias a esta extraña costumbre, los huesos y colmillos de elefante son abundantes en las ciénagas y es fácil procurárselos (o más bien se los obtenía otrora).

Digo “procurárselos” en el pasado. ¡Ay! Las cosas cambiaron por completo desde aquella época de la desdichada India. Hoy, no se puede obtener nada en ese país, y nadie consigue nada salvo el virrey: el virreinato le rinde, en efecto, honores reales y lo provee con enormes sumas de dinero, por otra parte acompañadas a veces con huevos podridos ofrecidos por los iracundos anglo-hindúes. Entre el “otrora” y el “hoy” se abrió el abismo del “prestigio” imperial a cuyo través se yergue el espectro de lord Beaconsfield.

Entonces, los “padres de la Company” obtenían, compraban, descubrían y conservaban. *Hoy*, el consejo del virreinato recibe, toma, expropia y no conserva nada. *Antaño*, los “padres” constituían la fuerza motriz de la sangre de la India que se coagula y que, cierto, chupaban, pero que también rejuvenecían vertiendo nueva sangre en las viejas venas. Hoy, el virrey con su consejo sólo inyecta bilis. El virrey es el punto central de un imperio inmenso hacia el cual no experimenta simpatía alguna y con el cual no tiene ningún interés común. Según la poética expresión de Sir Richard Temple, “el virrey es el sólido eje a cuyo alrededor debe girar la rueda del imperio...” Sea: pero esa rueda mueve, desde hace un tiempo, con tan loca rapidez que amenaza, en cualquier momento, hacerse añicos.

Mas, como antaño, aun hoy Kuimbatour sólo es conocido por sus bosques y ciénagas; la lepra, las fiebres y la *elephantiasis* son allí endémicas⁷. Kuimbatour, o el distrito que lleva ese nombre, no debe considerarse como un desfiladero. Situado entre Malabar y Karnatik, el distrito de Kuimbatour penetra, en ángulo agudo, hacia el sur, en las Montañas Anemal, o Montes Elefanta⁸, luego trepa gradualmente hacia las alturas de

⁷ Esa enfermedad terrible y casi incurable, que puede durar años, dejando al hombre en buena salud desde el punto de vista orgánico, es muy frecuente en ese país. Una pierna se hincha desde la planta del pie hasta la pantorrilla, luego se hincha la otra pierna hasta que ambas, por completo deformadas, adquieren el aspecto de patas de elefante, tanto por el aspecto como por el grosor.

⁸ De la palabra ane, elefante. Pues esos animales abundan, desde tiempos inmemoriales, en esas montañas.

Maisur, al norte, como si lo aplastaran los “ghats” occidentales⁹, con sus tupidas selvas casi vírgenes, cambia de rumbo en ángulo recto y desaparece en las junglas menos importantes donde moran las tribus silvícolas. Allá es la morada tropical del elefante, siempre verdeante a causa de las emanaciones de las marismas; allá se encuentra también la boa constrictor, pero su raza se extingue. Por el lado de Madras, esta masa de montañas, semejante de lejos a un triángulo rectángulo, parece enganchada a otra serranía triangular, aún más grande, a los llanos de la superficie montañosa de Dekkan que apoya su extremo septentrional contra los montes Vindya, en la presidencia de Bombay, y sus puntas occidental y oriental contra las “colinas” de Sakhiadri en la presidencia de Madras. Estas dos cadenas de montañas que los ingleses llaman colinas constituyen un lazo de unión entre los *ghats*¹⁰ occidentales y orientales de la India. A medida que las alturas del este se aproximan a los *ghats* del oeste, pierden progresivamente su carácter volcánico. Uniéndose finalmente con las cimas pintorescas y onduladas del Maisur occidental, parecen fundirse en ellas, dejan definitivamente de ser consideradas como *ghats* y son llamadas simplemente colinas.

Los dos extremos de ese triángulo aparente se yerguen, en la presidencia de Madras, a ambos lados, a izquierda y a derecha de la ciudad de Kuimbatour, produciendo el aspecto de puntos de admiración. Se asemejan a dos centinelas gigantes colocados por la naturaleza para vigilar la entrada del desfiladero. Son dos picos de aguda punta, coronados por rocas dentadas, con las faldas cubiertas de verdeantes bosques y rodeados en lo alto por un eterno cinto de nubes y brumas azuladas. Esas montañas de puntiagudas cumbres son llamadas “Teperifs” de la India, el Nilguiri y el Mukkartebet. La primera se alza a 8.760 pies, la otra a 8.380 pies por encima del nivel del mar.

A lo largo de los siglos esas dos cumbres eran consideradas por el pueblo inaccesibles a los simples mortales. Esta reputación, desde hacía mucho tiempo, había tomado la forma de leyendas locales, y toda la comarca, en la superstición popular, era tenida por santa y desde luego por encantada. Franquear sus límites, hasta involuntariamente, era cometer un sacrilegio que sólo la muerte podía castigar. El To-De era la morada de los dioses y de las *devas* superiores. El *svarga* (paraíso) se hallaba allí con el *naraka* (infierno) lleno de “asuras” y de “pisachis”¹¹. Así, protegidos por la fe religiosa, el Nilguiri y el Todabet (Mukkartebet) permanecieron, por largos siglos completamente desconocidos del resto de la India. Cómo entonces, en época tan lejana como la de la “Right Honourable East India Company”, en el decenio del 20 de nuestro siglo XIX, un europeo cualquiera podía concebir el pensamiento de internarse en la región interior de una montaña cerrada por todos lados. No por creer en los espíritus cantores, sino ante la inaccesibilidad de esas alturas, nadie era capaz de suponer la existencia, en esas montañas, de tan bellos paisajes. Y menos suponer la presencia de criaturas vivientes que no fueran las fieras y las serpientes. Rara vez un *sporisman* o un cazador de Eurasia, llegaba al pie de los encantados montes, insistía para que un *chicari* (cazador) lo condujese a algunos centenares de pies más alto. Los guías indígenas, de común acuerdo con *los chicaris*, se negaban a hacerlo, muy naturalmente, bajo un pretexto u

⁹ *Ghats*, montañas.

¹⁰ *Ghat*, montaña, y Guiri, colina.

¹¹ *Asuras* (espíritus) cantores que encantan los oídos de los dioses con sus cantos, como los *gondarvis* lo hacen con su música. *Pisachis*, espíritus *vampiros*. Todos ellos son devas divididos en multitud de clases.

otro. Lo más a menudo afirmaban al *Saab*¹² que era imposible ir más alto: ya no había más bosques, ni caza, sólo se veían simas, peñas, nubes y cavernas habitadas por maléficos silvanos, guardias de honor de las *devas*. Por eso ningún *chicari* aceptaba, por más cuantiosa que fuera la suma ofrecida, subir más alto que una conocida línea de demarcación en esas montañas...

¿Qué es el “chicari”? El representante moderno de este tipo sigue siendo semejante al de las épocas fabulosas del rey Rama. Cada profesión se vuelve hereditaria en la India, luego se convierte en *casta*. Así como fue el padre, así ha de ser el hijo. Generaciones enteras se cristalizan y parecen petrificarse en una única y misma forma. El *chicari* lleva un traje compuesto de cuchillo de caza, de cebadores de pólvora hechos con cuernos de búfalo, del antiguo fusil de pedernal que de diez tiros falla nueve, y todas esas fornituras las lleva sobre su cuerpo desnudo. Muchas veces tiene aspecto de un anciano decrepito, y cuando un extranjero de “corazón sensible” se encuentra con él (ni indígena, ni inglés), su primer movimiento es ofrecerle gotas de Hoffmann: tan hueco es su vientre y parece presa del dolor. Pero la razón por la que el *chicari* camina penosamente, agachado, doblado en dos, no es ésta: se trata de un hábito contraído por el constreñimiento de su profesión. Cuando un *saab sportsman* se lo ordena, basta. que le muestre o le dé algunas rupias, y el *chicari* se endereza instantáneamente y empezará a regatear a propósito de no importa qué animal. Luego de la conclusión de la transacción, volverá a inclinarse de nuevo, se deslizará en los bosques con prudencia, cubriendo su cuerpo y envolviendo sus pies con hierbas aromáticas, para que no lo descubran las fieras y con el fin de que éstas no olfateen el “espíritu” del hombre.

El *chicari* permanece de esta suerte varias noches consecutivas, oculto, como un ave de presa, en el tupido follaje de un árbol, en medio de “vampiros”, menos sanguinarios que él. Sin traicionar su presencia por el más leve suspiro, el caduco *nemrod* se prepara para seguir con sangre fría la agonía de un desdichado cabritillo o de un joven búfalo atado por él a un árbol para atraer al tigre. Luego, abriendo los dientes hasta las orejas a la vista del carnicero, escucha, sin mover un solo músculo, el lamentable balido, y aspira con placer el olor de la sangre fresca mezclado con el tufo específico y fuerte del verdugo rayado de los bosques. Apartando las ramas, con prudencia y sin ruido, observa largamente, con mirada aguda, al animal que se sacia, y cuando la fiera se adelanta pesadamente con sus sangrientas patas sobre el suelo seco, lamiéndose los labios y bostezando, luego dándose vuelta según el hábito de todos los carniceros rayados, para mirar los restos de su víctima, entonces el *chicari* hace fuego con su fusil de pedernal y con seguridad tumba la bestia al primer disparo. “El arma del *chicari* nunca falla cuando dispara sobre el tigre”, es un antiguo dicho que se ha convertido en axioma entre los cazadores. Y si el *saab* desea divertirse cazando él mismo al “*bar saab*” (gran señor de los bosques), entonces el *chicari*, observando desde su árbol el lugar a donde fue a descansar el tigre, en cuanto aparecen los primeros fulgores del alba, salta de su escondite, corre hacia el poblado, reúne una multitud, prepara una batida, se afana, todo el día, bajo las llamas tórridas y mortíferas del sol, de un grupo al otro, gritando, gesticulando, organizando, dando órdenes, hasta el momento en que el “*saab*” N° 1,

¹² Este apodo es dado por los indígenas indiferentemente a los funcionarios o a los cazadores ingleses y a los tigres. Para el ingenuo hindú, no existe en efecto diferencia alguna entre esas dos razas de seres: salvo que el fusil del desdichado indígena, cada vez que se producía un levantamiento nacional, no hacía blanco en los ingleses, por una felicidad que éstos no merecían.

seguro sobre el lomo de un elefante, haya herido al “saab” N° 2, momento en que el chicari debe intervenir para rematar el animal con su antiguo fusil... Sólo entonces, y en el caso de que no suceda nada extraordinario, el chicari se dirige hacia el primer matorral que encuentre y, todo a un tiempo, toma su desayuno, almuerzo, merienda y cena comiendo un puñado de pésimo arroz y un sorbo de agua de los pantanos...

Y así, con tres de esos hábiles chicaris, en septiembre de 1818, hacia el final de las vacaciones estivales, dos ingleses, funcionarios agrimensores al servicio de la “Company”, en expedición de caza en el Kuimbatur, se extraviaron, llegando al límite peligroso de la montaña: el desfiladero de Guzlekhut, muy próximo a la célebre cascada de Kolakambe¹³.

Por encima de sus cabezas, lejos y muy alto bajo las nubes, penetrando, en manchas aisladas, la fina bruma azul, se divisaban las rocosas agujas del Nilguiri y del Mukkartebet. Era la *Terra incognita*, el mundo encantado...

Misteriosas montañas

Morada de desconocidas Devas

Colinas de azur

(como dice una antigua canción en el tierno idioma de malaialim). “De azur” en verdad. Contemplad no importa qué punto del horizonte y de la distancia que deseéis, de la cumbre o del pie, del valle o de otras cimas, aun con tiempo brumoso, hasta el momento en que dejan de ser visibles, esas montañas resplandecen como un precioso zafiro, con un brillo interno, parecen respirar suavemente, y confunden, como olas, sus azuladas selvas que, en la lejanía se matizan con reflejos de turquesa y oro, que sorprenden, a despecho de uno mismo, por su extraordinario colorido...

Los agrimensores, deseando tentar la suerte, ordenaron a los chicaris que los condujeran más lejos. Pero los valientes chicaris se negaron en forma perentoria, como era de esperar. Luego, después del relato de los dos ingleses, nos enteramos que esos dos experimentados cazadores y valientes exterminadores de tigres y elefantes, se fugaron en cuanto se habló de subir más alto, tras la cascada. Capturados y traídos de vuelta a la catarata, los tres se dejaron caer con la cara tocando el suelo, ante el torrente que bramaba, y según las ingenuas palabras de uno de los ingenieros ingleses, Kindersley, “los esfuerzos combinados de nuestros dos látigos no pudieron obligarlos a levantarse... antes que hubieran terminado sus ruidosas invocaciones a las *devas* de esas montañas, suplicando a los dioses no castigarlos, ni darles muerte, por semejante crimen, a ellos, inocentes chicaris. Temblaban como hojas de álamo temblón, se retorcían en el húmedo suelo de la orilla, como si fueran presa de una crisis de epilepsia...” “Nadie cruzó alguna vez los límites de la cascada de Kolakarnhe, decían, y quien entra en esas cavernas no sale de ellas vivo”.

Esa vez, o más exactamente, ese día, los ingleses ni siquiera lograron ir más allá de la catarata. De buen o mal grado, debieron regresar a la aldea, que habían abandonado por la mañana, luego de pernoctar en ella. Los ingleses temieron extraviarse sin guías o sin chicaris, y por esa razón cedieron. Pero, en su fuero interno, juraron obligar a los

¹³ Esta catarata tiene 680 pies de altura. En sus proximidades pasa hoy el camino que lleva a Uttakainand.

chicarís a ir más lejos la próxima vez. De regreso a la aldea, para pasar la segunda noche, convocaron a casi todos los habitantes y celebraron consejo con los ancianos. Lo que escucharon no hizo más que aumentar su curiosidad.

Los rumores más extraordinarios corrían entre el pueblo acerca de las montañas encantadas. Numerosos agricultores apelaban a la autoridad de los plantadores locales y de los funcionarios de Eurasia que conocían la *verdad* respecto de los Lugares Santos y comprendían perfectamente la imposibilidad de ir allá.

“Se cuenta una verdadera epopeya respecto de un plantador indio que poseía todas las virtudes, salvo la de la fe en los dioses de la India. Un buen día –así hablaban los brahmanes importantes–, mister D, que cazaba un animal y no prestaba la menor atención a nuestras advertencias, desapareció *tras* la cascada; nunca más se lo volvió a ver. Al cabo de una semana, las autoridades dieron a conocer ciertas suposiciones acerca de su probable destino, y esto gracias al viejo mono “sagrado” de la pagoda vecina. Como pudo verse, esa respetable bestia tenía la costumbre, en sus ratos libres de toda obligación religiosa, de visitar las plantaciones vecinas, donde los *kulis*, llenos de piedad, la alimentaban y la mimaban. Un día el mono regresó con una bota sobre la cabeza. La bota llegaba sola, privada de la pierna del plantador, y su dueño se perdió, pues, para siempre: indudablemente, el insolente había sido destrozado por los *pisachis*. Así lo resolvió el pueblo. Ciertamente, la “Company” sospechó de los brahmanes de la pagoda que, desde hacía mucho, habían entablado un proceso con el desaparecido con motivo de un terreno del cual era dueño. Pero los *saab* sospechaban siempre y para todas las cosas de los hombres santos, particularmente en el sur de la India...

Las sospechas no tuvieron consecuencia alguna. Y el desdichado plantador desapareció sin dejar ninguna huella. Pasó por entero y para la eternidad a un mundo lejano y aun menos estudiado, en aquella época, por las autoridades y los sabios, que el de las Montañas Azules, el mundo del pensamiento incorpóreo. En la tierra, se convirtió en sueño cuyo recuerdo perpetuo sigue aún viviendo hoy, bajo forma de bota, tras el vidrio de un armario en el despacho de la policía del distrito...”

Se cuenta... ¿Qué es lo que no se dice sobre este particular? Helo aquí: aquende las “nubes lluviosas” las montañas son inhabitables, ello, naturalmente, en lo que concierne a los simples mortales visibles para todo el mundo. Pero *allende* las “iracundas aguas” de la cascada, es decir en las alturas de las cimas sagradas del Toddabet, del Mukkartebet y del Rongasuami, vive una tribu no terrestre, tribu de hechiceros y de semidioses.

Allá reina la eterna primavera, no hay lluvia, ni sequía, ni calor, ni frío. No sólo los magos de ese pueblo primitivo no se casan nunca, sino que no mueren y no nacen jamás: sus hijos caen ya hechos de los cielos y “crecen hacia arriba” según la característica expresión de Topsy en “La cabaña del Tío Tom”. Ningún mortal logró aún llegar a esas cumbres; nadie lo logrará salvo, quizá, después de la muerte. “Entonces tendrá lugar en los límites de lo posible, pues, así como lo saben los brahmanes –¿y quién podría estar mejor enterado de ello?– los habitantes del cielo de las Montañas Azules, por respeto al Dios Brahma, le cedieron parte de la montaña que está debajo del *Svarga* (paraíso)”. Es de suponer, pues, que en aquella época, ese entresuelo estaba todavía en reparaciones...

Tal es la tradición oral que aun se conserva escrita en *La recopilación de leyendas y tradiciones locales*, vertidas al inglés del idioma tamil, por misioneros. Recomiendo al lector la edición de 1807.

Estimulados por esos relatos y más en especial por las dificultades visibles y todos los obstáculos que se oponían a su excursión, nuestros dos ingleses resolvieron probar una vez más a los indígenas que para la raza “superior” que los gobernaba, la palabra “imposibilidad” no existía. El *prestigio* británico tuvo que proclamar su presencia en todas las épocas de la historia; sino, corría el riesgo de ser olvidado...

¡Que no se vayan a indignar mis amigos anglo–hindúes celosos y recelosos! Que recuerden más bien las páginas escritas sobre la India y los ingleses por Alí Babá¹⁴, uno de sus escritores más espirituales, y de quien cada movimiento de pluma representa siempre una sátira cruel y profundamente cierta sobre la situación actual de la India. ¡Con qué vigorosos y vivos colores describió ese país mártir! Contemplad su panorama de la India, meditad en la presencia hoy necesaria de esas legiones de soldados vestidos con el uniforme punzó y de *sais* y *chuprasis* del virrey, relumbrantes de oro. Los *sais* son los palafreneros y recaderos de los funcionarios; los *chuprasis* son los encargados de los transportes oficiales del gobierno, que llevan la librea del “imperio”, y que están al servicio de todos los funcionarios, pequeños y grandes. Si se vendía al peso todo el oro de sus libreas, se obtendría una suma cuya mitad bastaría para alimentar a centenares de familias anualmente. Agregad a ello los gastos de los miembros, siempre escarlatas de embriaguez, del Consejo y de las distintas comisiones que se constituyen habitualmente *al final* de una escasez general; y he demostrado cómo el *prestigio* británico mata cada año más indígenas que el cólera, los tigres, las serpientes ponzoñosas y que los bazos¹⁵ hindúes que revientan tan fácilmente (y siempre con tanta oportunidad)...

Cierto es que las pérdidas ocasionadas por dicho *prestigio* en las filas de la plebe son compensadas por el constante crecimiento de la tribu de los euroasiáticos. Esa raza, bastante fea de “criollos” representa uno de los símbolos más objetivos y más felices de la ética enseñada por los civilizados a los hindúes, sus esclavos medio salvajes. Los euroasiáticos fueron puestos en el mundo por los ingleses, con ayuda de los holandeses, franceses y portugueses. Constituyen la corona y el imperecedero monumento de la actividad de los “padres” plácidos de la “East India Company”. Dichos “padres” a menudo traban relaciones legítimas e ¡legítimas con las mujeres indígenas (la diferencia entre las uniones legales o no es mínima en la India; se basa en la fe de los esposos y el grado de santidad de las colas de vaca). Pero este último eslabón de las relaciones amistosas entre las razas altas y bajas, se quebró por propia decisión. Hoy, para alegría

¹⁴ Alberight Mackay, muerto hace dos años.

¹⁵ Dicho órgano, cuyo nombre en inglés es *spleen*, en realidad desempeña en la India un importante papel. El bazo indígena es el mejor amigo y defensor de las cabezas inglesas que, en caso de faltar, serían ineluctablemente amenazadas por la cuerda. Dicho bazo es tan débil y tierno, según el parecer de los jueces anglo–hindúes, que basta un papirotazo sobre el vientre de los aborígenes, basta tocarlo delicadamente con el dedo para que el hombre se desplome y muera. La prensa hindú, desde hace mucho tiempo, realiza una ruidosa campaña con motivo de esa fragilidad del *spleen*, desconocida antes de la llegada de los ingleses. El bazo es particularmente poco seguro en los rajahs, lo cual hasta entristece a los ingleses... Es imposible, suelen decir, rozar un rajah sin que inmediatamente y como hecho a propósito estalle su bazo. Los senderos tortuosos que sigue el gobierno inglés en la India están llenos de espinas.

de los hindúes, los ingleses sólo miran con repugnancia a sus esposas e hijas. Dicha repulsión, es verdad, sólo la supera la profunda aversión sentida por los indígenas a la vista de las inglesas más o menos descotadas. Las dos terceras partes de la India creen ingenuamente en el rumor difundido por los brahmanes según el cual los “blancos” deben su color a la lepra.

Pero la cuestión no es ésta, se trata del “prestigio”. Ese monstruo nació después de la tragedia de 1857. Barriendo con sus reformas todas las huellas de la India inglesa comercial, la Anglo-India oficial cavó entre ella y los indígenas un abismo tan hondo que los milenarios no llegarán a colmarlo. A despecho del amenazador espectro del prestigio británico, la sima se hace cada día más amplia y ha de llegar la hora en que se tragará a una de las razas, sea la negra, sea la blanca. Así el “prestigio” no llega a ser otra cosa que una medida de autodefensa.

Y ahora puedo volver a la situación de los habitantes de Kuimbatour en 1818. Entre dos fuegos: el *prestigio* de los señores terrestres y el supersticioso espanto de los amos del infierno y de su venganza, los dravidianos se vieron aplastados bajo los cuernos de un atroz dilema. No había transcurrido una semana cuando los *saab* ingleses, habiendo dejado a los habitantes del poblado en la dulce esperanza que la tormenta pudiera disiparse, regresaron a Metopolam, a los pies del Nilguiri. Y esta vez los ingleses dejaron oír el trueno de la siguiente declaración: dentro de tres días iban a llegar soldados de la guarnición y otros agrimensores, y ese destacamento emprendería la ascensión de las cimas sagradas de las Montañas Azules.

Luego de oír esa terrible nueva, varios labradores se condenaron a la *dcharna* (muerte por el hambre), ante la puerta del *saab*, con la intención de proseguir esta huelga hasta el día en que los ingleses, más comprensivos, prometieran renunciar a su propósito. Los *munsifs*, habiendo desgarrado sus vestidos, gesto que no les cuesta muchos esfuerzos, rasuraron la cabeza de sus mujeres, y las obligaron, en señal de desdicha social y de duelo general, a arañarse el rostro hasta la sangre. Naturalmente, no debía alcanzar sino a las mujeres. Los brahmanes leían conjuros y *mantras* en alta voz, enviaban mentalmente a los ingleses, con sus intenciones blasfematorias, al *Narak*, a todos los diablos. Durante tres días, *Metopolam* retumbó con los gritos y lamentos; en vano: ¡a lo hecho, pecho! Luego de haber equipado un grupo de valientes elegidos entre los miembros de la “Company”, los nuevos Cristóbal Colón resolvieron ponerse en camino sin guía alguno. El poblado quedó vacío como después de un terremoto; los indígenas huyeron aterrorizados, y no les quedó otro remedio a los agrimensores que encabezaban el destacamento que buscar ellos mismos el camino de la cascada. Se extraviaron y regresaron. Empero, los exploradores no se inmutaron. Pudieron apoderarse de dos malabarenses enflaquecidos y declararon que estaban prisioneros: “Condúzcanos y les daremos oro; niéguese, e irán a pesar de todo, pues los arrastraremos por la fuerza. Luego, en vez de oro, tendrán la cárcel”. En aquellos benditos días en que reinaban los bondadosos “padres” de la “Company” la palabra “cárcel” en Madras y en otras presidencias era sinónima de *tortura*. Ese género de suplicio tiene lugar aún hoy, estamos al tanto de pruebas muy recientes, pero en aquella época la denuncia del menor escriba perteneciente a la raza superior bastaba para condenar al indígena a la tortura. La amenaza produjo el efecto deseado. Los desdichados malabarenses, con la cabeza gacha, más muertos que vivos, guiaron a los europeos hasta Kolakambe.

Los hechos que tuvieron lugar después no dejan de ser extraños si son ciertos: empero, esta verdad no puede ser puesta en duda después del informe oficial de los dos agrimensores ingleses. Antes que los ingleses llegaran a la cascada, en un talud, un tigre saltó y arrebató a uno de los malabarenses a pesar de su extremada y poco apetitosa flacura, y ello ocurrió antes que uno de los cazadores tuviese tiempo de divisar el animal. Los gritos del desdichado despertaron la atención demasiado tarde: “O las balas no dieron en el blanco, o mataron a la víctima que desapareció con el raptor, como si ambos se hubieran metido bajo tierra”, leemos en el informe. El segundo indígena, que había llegado a la otra orilla de la rápida corriente, la ribera “prohibida”, a una milla más o menos de la cascada, *murió bruscamente*, sin ninguna causa aparente. Sucedió en el mismo lugar donde los agrimensores habían pasado la noche cuando su primera ascensión. Evidentemente, el terror lo mató. Es curioso leer la opinión de un testigo ocular respecto de esta terrible coincidencia. En el *Correo de Madras*, del 3 de noviembre de 1818, uno de los funcionarios, Kindersley, escribe:

“Luego de haberse asegurado de la muerte real del *negro*, nuestros soldados, sobre todo los supersticiosos irlandeses, quedaron extremadamente turbados. Pero Whish (nombre del segundo agrimensor) y yo comprendimos en seguida que retroceder era deshonorarse inútilmente, convertirse en el objeto de las burlas perpetuas de nuestros compañeros y cerrar, durante siglos, la entrada a las montañas del Nilguiri y a sus maravillas (si éstas existían verdaderamente) a los otros ingleses. Resolvimos proseguir nuestro camino sin guías, tanto más cuanto que los dos malabarenses muertos y sus compatriotas vivientes no conocían mejor que nosotros el camino más allá de la cascada”.

Luego viene la descripción detallada de su difícil ascensión a las montañas, de la escalada de las peñas por completo perpendiculares, hasta el momento en que se vieron por encima de las nubes, es decir más allá del límite de la “eterna bruma” y divisaron a sus pies sus movedizas olas azules. Como hablo más adelante de todo cuanto hallaron los ingleses en esas alturas, y ya que D. Sullivan, colector del distrito de Kuimbatour, relata los hechos en sus cartas al gobierno que lo envió después para realizar una encuesta formal, me contentaré aquí, con el fin de evitar cualquier repetición, con el relato superficial y breve de las aventuras principales de los dos agrimensores.

Los ingleses treparon más alto, lejos de la frontera de las nubes. Y entonces se encontraron con una enorme boa constrictor. Uno de ellos, en la semi oscuridad, cayó bruscamente sobre un objeto blando y viscoso. Ese “objeto” movió, se irguió con mucho ruido de hojas aplastadas y se mostró tal como era en realidad, un interlocutor bastante desagradable. La boa se enrolló, a guisa de saludo, en torno de uno de los supersticiosos irlandeses, y antes de recibir algunas balas en las fauces abiertas de par en par, pudo apretar a Patrick en su frío abrazo con tanta fuerza que el desdichado murió al cabo de algunos minutos. Luego de haber matado ese monstruo, no sin dificultades, y habiendo medido la piel del animal, se vio que la serpiente tenía una longitud de veintiséis pies. Luego fue menester cavar una tumba para el pobre irlandés; esta tarea fue tanto más penosa cuanto que los ingleses apenas tuvieron tiempo de arrancar el cuerpo a los milanos que se amontonaban, acudiendo de todas partes. Aun hoy se muestra la tumba; se encuentra debajo de una peña, algo más arriba que Kunur. Los primeros colonos británicos se cotizaron y adornaron el lugar con un monumento conveniente, en memoria “del primer pionero que halló la muerte durante la expedición a la montaña”.

Nada perpetúa el recuerdo de los dos “negros”, si bien eran, de derecho, las “primeras” víctimas de la ascensión, y los primeros pioneros, aunque involuntarios.

Luego de haber perdido dos peones negros y un hombre blanco, los ingleses prosiguieron trepando y encontraron una manada de elefantes que luchaban los unos contra los otros en una batalla de buena ley. Felizmente, los animales 'no se dieron cuenta de la llegada de los extranjeros, por eso no los molestaron. En desquite, su aparición produjo el inmediato desbande del destacamento espantado. Cuando el grupo británico quiso reunirse otra vez, no se encontró más que en pequeños grupos de dos o tres hombres. Vagaron así toda la noche en el bosque; siete soldados regresaron, a distintas horas del siguiente día, a la aldea que habían abandonado la víspera con tanta presunción. Tres europeos desaparecieron sin dejar huella alguna.

Al quedarse solos, Kindersley y Whish vagaron por las vertientes de la montaña durante varios días: subiendo hasta las cumbres o bajando otra vez hacia los desfiladeros. Tuvieron que alimentarse con hongos y bayas que encontraron en profusión. Cada noche, los rugidos de los tigres y los bramidos de los elefantes les obligaban a buscar refugio en altos árboles y a pasar la noche desvelados, turnándose en la guardia y esperando la muerte de un momento a otro. Las *devas* y otros habitantes misteriosos, guardianes de las cavernas “encantadas”, se manifestaron así desde el comienzo. Los desafortunados exploradores quisieron más de una vez descender al poblado; pero a despecho de todos sus esfuerzos y aunque bajaban en línea recta, se encontraban, en el camino, con tales obstáculos que se veían obligados a cambiar de rumbo. Y cuando querían rodear una elevación o una peña, caían en una caverna sin salida. Sus instrumentos y todas sus armas, salvo el fusil y las pistolas que llevaban, habían quedado en manos de los soldados. En consecuencia, les era imposible orientarse, hallar el camino de regreso; sólo les quedaba subir, subir siempre más alto. Si recordamos que, por el lado de Kuimbatour, el Nilguiri se levanta en escalones de rocas perpendiculares hasta 5.000 y 7.000 pies por encima del valle de Uttakamand, y que muchas peñas forman terribles cimas, y que los agrimensores habían elegido precisamente ese camino, es fácil figurarse todas las dificultades que tuvieron que superar. Y mientras trepaban por la montaña, la naturaleza parecía cortarles todas las vías de regreso. A menudo tuvieron que subir a la cima de un árbol para saltar luego por encima de los despeñaderos a la siguiente roca.

Finalmente, en el noveno día de su viaje y después de perder toda esperanza de encontrar en esas montañas otra cosa que la muerte, resolvieron intentar otra vez el descenso, siguiendo un camino recto y evitando, en la medida de lo posible, cualquier atajo que los alejase de la vía recta. Por esa razón, querían ante todo llegar a la cumbre que tenían ante ellos con el fin de examinar las inmediaciones y reconocer mejor el camino que habrían de seguir. Se encontraban entonces en un claro, no lejos de una colina bastante elevada y que les pareció de suave pendiente con pequeñas rocas en la cima. Para llegar a la colina, les parecía que un sencillo recorrido era suficiente, pues no se veía ningún obstáculo exterior. Para sorpresa de los agrimensores, el ascenso duró dos horas; agotaron sus últimas fuerzas. Cubierta de tupido pasto que aquí se llama “satinado”, el terreno de la ladera fácil se mostró tan resbaladizo que los ingleses, desde los primeros pasos, tuvieron que trepar a cuatro patas, aferrándose al pasto y a las malezas con el fin de no rodar. Trepas por semejante colina les parecía subir por una

montaña de vidrio. Finalmente, llegaron a la cima después de increíbles esfuerzos y cayeron agotados, esperando “lo peor”, como escribió Kindersley.

Era la célebre “colina de los sepulcros”, conocida hoy en toda la comarca de Uttakamand; se los llama *cairns* en la región. Este nombre druidico conviene mejor al carácter de esos monumentos que pertenecen a una antigüedad desconocida, pero muy remota, y que los agrimensores tomaron por rocas. Numerosas elevaciones de la cadena del Nilguiri están también tachonadas de semejantes tumbas. Es en vano discutir sobre ese particular: su origen y su historia se pierden en una bruma tan impenetrable como la de los pueblos que moran en las misteriosas montañas. Sin embargo y mientras nuestros héroes descansaban, hablaremos de esos monumentos: el relato será breve.

Cuando, veinte años después de esos sucesos, se realizaron las primeras excavaciones, los europeos encontraron en cada sepultura una gran cantidad de utensilios de hierro, bronce y barro, estatuillas de forma extraordinaria y adornos metálicos, obras toscas. Esas estatuillas –evidentemente ídolos–, esos adornos, esos instrumentos no recordaban en absoluto los objetos análogos empleados en otros lugares de la India y en otras naciones. Las obras de arcilla tienen un aspecto particularmente bello; al parecer se veía en ellos los prototipos de los reptiles (descritos por Bérose) que reptaban por el caos en tiempo de la creación del mundo. En lo que concierne a las tumbas mismas, en cuanto a lo que se conoce de la época en que fueron construidas, de los obreros que las hicieron y de la raza cuyo último refugio fueron en la tierra, nada se puede decir, imposible suponer nada, pues todas las hipótesis son inmediatamente destruidas por tal o cual argumento irrefutable. ¿Qué significan esas extrañas formas geométricas, hechas con piedra, hueso o arcilla, qué quieren decir esos dodecaedros, esos triángulos, esos pentágonos, exágonos y octógonos muy regulares y, finalmente, esas imágenes de barro, con cabeza de carnero o de asno y cuerpo de pájaros? Los sepulcros, es decir los muros que rodean las tumbas, tienen siempre una forma ovalada y su altura varía entre un metro y medio y dos metros, construidos con enormes piedras no talladas y sin cemento alguno. El muro siempre rodea una tumba, cuya profundidad es de cuatro a seis metros, cubierta por una bóveda bastante bien dibujada y construida en panteón con piedras pulidas, aunque es difícil distinguir esos panteones, pues los siglos los han cubierto de tierra y guijarros. La forma de los sarcófagos, semejante exteriormente a la de los sepulcros muy antiguos en otras partes del mundo, no nos revela empero cosa alguna que pueda aclararnos su origen. Monumentos semejantes se encuentran en Bretaña, en otras regiones de Francia, en el país de Gales y en Inglaterra, así como en las montañas del Cáucaso. Naturalmente, los sabios ingleses, en sus explicaciones, no pudieron dejar de mencionar a los partos y los escitas que, evidentemente, debían poseer el don de ubicuidad. Pero los restos arqueológicos que encontramos allí no tienen absolutamente nada de escita; además, hasta ahora no se encontraron esqueletos, ni objetos parecidos a armas. Ninguna inscripción tampoco, aunque se exhumaron planchas de piedra mostrando vagas huellas, en las esquinas, que recordaban los jeroglíficos de los obeliscos de Palenque y de otras ruinas mejicanas.

Entre las cinco tribus de las montañas del Nilguiri, y los seres pertenecientes a cinco razas¹⁶ por entero diferentes las unas de las otras, nadie pudo dar la menor información respecto de esos sepulcros que todo el mundo desconocía. Los toddees –la tribu más

¹⁶La descripción de las cinco tribus se encuentra en el capítulo III.

antigua de las cinco— tampoco saben nada a este respecto. “Esos sarcófagos no son nuestros, y no podemos decir a quienes pertenecen. Nuestros padres y nuestras primeras generaciones los hallaron aquí, nadie los construyó en nuestra época”. Tal vez es la invariable respuesta de los toddes a los arqueólogos. Si evocamos la antigüedad que se atribuyen los toddes, podemos llegar a la conclusión que en esas tumbas enterraban a los antepasados de Adán y Eva. Los ritos fúnebres difieren totalmente en cada una de las cinco tribus. Los toddes incineran a sus muertos, con sus búfalos favoritos; los mulu—kurumbes los entierran bajo las aguas; los errulares los atan en la cima de los árboles.

Si los cazadores extraviados se hubieran recobrado y hubiesen examinado los alrededores que se extendían en torno de ellos, por doquier en una distancia de varias decenas de millas, por cierto se habrían adelantado a mi descripción de uno de los más maravillosos panoramas de la India. Pues se encontraban entonces —ignorándolo— en la cumbre más elevada de esas montañas, con exclusión del *pico de Toddabet*, al que los ingleses, no sé por qué, llaman Doddibet. Cuesta imaginarse, y aun menos describir los sentimientos que agitaban entonces a los dos hijos de Albión, cuyos ojos contemplaban ese grandioso cuadro. Es de suponer que nada semejante al entusiasmo de un artista o de un miembro del “Club alpino” halló cabida en sus desfallecidos cuerpos. Tenían hambre, estaban medio muertos de cansancio, y ese estado, físico domina siempre en circunstancias parecidas, al elemento espiritual de nuestra desdichada humanidad. Si —como lo hacen a menudo hoy sus descendientes, sesenta años después de ellos— hubieran llegado a esa cima a caballo, o en un coche con resortes, rodeados por una decena de cestos llenos de alimentos para un gozoso picnic, habrían de seguro experimentado el éxtasis que sentimos ante el nuevo mundo que parece desplegarse a la mirada de los hombres en aquellas alturas. Pero en aquel entonces sonaba una hora crítica para toda la presidencia de Madras, para los dos ingleses y también para nosotros: si los dos agrimensores hubiesen perecido en la montaña, hoy no se salvarían todos los años centenares de vidas y nuestro verídico relato no se habría escrito...

Como esa cumbre se halla estrechamente ligada a los sucesos que expondré a continuación, os pido el permiso de describirlos y de expresar, en ausencia de una descripción mejor, mi sentimiento personal. Es difícil para quien subió una sola vez en la vida a “la colina de los Sepulcros” olvidarla luego. Y quien escribe estas páginas realizó, más de una vez, esta hazaña hercúlea: la ascensión de la montaña por ese resbaladizo camino... Por lo demás, me apresuro en formular una reserva y una confesión: realizaba siempre ese acto heroico cómodamente sentada en un palanquín, por encima de las doce cabezas de los coolíes siempre sedientos, prontos, en la India, a arriesgar la vida por un puñado de monedas de cobre. En la India inglesa no cuesta nada acostumbrarse a todo, hasta convertirse en incorregible asesino de nuestros desdichados hermanos inferiores, de los coolíes secos, del color y de la flacura del alajú. Mas, cuando se trata de la “colina de los Sepulcros” deseamos y exigimos circunstancias atenuantes, pues, en verdad, somos culpables frente a nuestra conciencia. Toda la magia del mundo, los encantos de la naturaleza que esperan al viajero en la cumbre pueden paralizar cualquier precaución no sólo respecto de los “bazos” del prójimo, sino del propio.

Intentad representaros ese cuadro. Subid a esa cumbre, alcanzad 9.000 pies por encima del nivel del mar. Ved ese espacio zafirino en una circunferencia de cuarenta millas en

torno de la cumbre, hasta el horizonte de las riberas de Malabar y contemplad: a vuestros pies una inmensidad que abarca doscientas millas de ancho y de longitud. Que la mirada se dirija a la derecha, a la izquierda, al sur, al norte, ante ella ondula un océano sin orillas de elevaciones bermejas y azules, cimas rocosas, agudas, dentadas, redondeadas, con formas muy caprichosas y fantásticas: así como un mar enfurecido donde el zafiro y la esmeralda se confunden en la intensa irradiación del sol tropical, en la hora de un inmenso ciclón, cuando toda la masa líquida está cubierta de mástiles de navíos que zozobran o que ya se hundieron. Así se nos aparece en sueños el océano fantasma...

Mirad hacia el norte, La cresta de la serranía del Nilguiri, elevándose 3.500 pies por encima de los llanos montuosos de Maisur, se arroja en el espacio en un gigantesco puente de quince millas de ancho y de cuarenta y nueve de longitud, como surgiendo del Jellamulai piramidal de los *ghats* occidentales y se echa a volar, a locas, en gradas de suaves pendientes, con resplandecientes abismos en ambas vertientes hasta los redondos collados de Maisur que se esfuman en brumas de aterciopelado azul. Allá, chocando con las agudas peñas de Paikar, ese prodigioso puente cae brusca y perpendicularmente, salvo una faja montañosa muy estrecha que une una serranía a la otra, se desmenuza en pequeñas rocas y se muda en una lluvia de piedras, que rugen y aúllan en un torrente cuyas aguas ruedan rabiosas como si quisiera alcanzar un límpido río nacido en las poderosas cavernas de la montaña.

Y contemplad ahora el costado meridional de la “colina de los Sepulcros”. En una extensión de cien millas, que encierra toda la zona sudoeste de las “Montañas Azules”, sombrías selvas duermen en la impoluta majestad de su belleza inaccesible y virgen, junto a las infranqueables ciénagas de Kuinibatur, cercadas por los montes de Kchund de un color rojo ladrillo. Más lejos, hacia la izquierda, al oriente, desenrosándose como una serpiente de piedra, la cresta del *Ghat* se alarga entre dos hileras de elevadas peñas, volcánicas y escarpadas. Coronados por bosques de abetos, que el viento desmelenan y tuerce en todo sentido, esos inmensos anfiteatros de solitarias cimas dentadas ofrecen a la vista extraño espectáculo. La fuerza volcánica que los arrojó, al parecer quería dar a luz a algún prototipo rocalloso del hombre por venir: pues esas rocas tienen forma humana. A través de la bruma que se agita, transparente como el humo, esos grandiosos desiertos se mueven, corriendo el uno tras el otro, y se forma la imagen de antiguas peñas, cubiertas de secular musgo, que saltan y galopan en el espacio. Se confunden, se entrechocan, se adelantan y se destrozan unas contra las otras, y se apresuran, parecidas a escolares que desean huir de los estrechos desfiladeros para vivir en los vastos espacios y la libertad...

Y en derredor, muy alto, lejos y abajo, a los pies mismos del turista que está en la “colina de los Sepulcros”, en primer plano se extiende y se yergue una imagen muy distinta: serenidad, naturaleza igual, beatitud divina...

En verdad, he aquí un primaveral idilio de Virgilio, rodeado por los amenazantes cuadros del “Infierno” del Dante. Altozanos de esmeralda, esmaltados con flores, tachonando la clara faz del valle montañoso donde crecen las embalsamadas hierbas y el alto y sedoso pasto. Pero en lugar de los corderos de nevado blancor, de los pastorcillos y las pastorcillas, un rebaño de enormes búfalos negros como el alquitrán, y a lo lejos la inmóvil estatua, hecha al parecer de bronce, la atlética silueta de un joven todde *tiralli* (sacerdote) con larga cabellera ensortijada...

Reina en esta cumbre una eterna primavera. Las heladas noches de diciembre y enero no pueden expulsarla pasado mediodía. Allí todo es frescor, todo reverdece, todo florece, exhalando perfumes a todo el largo del año. Y las “Montañas Azules” aparecen en esa cumbre con todo el encanto de un adolescente que hasta sonríe a través de sus lágrimas, y aún más bello, tal vez, en la estación de las lluvias que en las otras épocas del año¹⁷. Por otra parte, en esas cimas todo parece nacer como si viniese al mundo por primera vez. El furioso torrente de la montaña aun está en la cuna. Surge de su piedra natal en un hilo de agua muy delgado que luego escapa en gorjeante arroyo de transparente fondo en el cual se hallan los átomos que han de constituir las formidables rocas futuras. Bajo su duro aspecto, la naturaleza se muestra como el símbolo pleno de la vida humana: pura y clara en las cimas, semejante a la adolescencia, y severa, atormentada más abajo, tal como es la vida en sus fatales luchas. Pero bajo los cielos como en, el valle, la flora prospera a lo largo de todo el año ofreciendo los irisados colores de la paleta mágica de la India. A aquel que sube de las hondonadas terrestres a las “Montañas Azules”, todo le parece extraordinario, extraño, salvaje. Allí, el cooli enflaquecido, de color de alajú, se transforma en un todde de elevada talla, de pálido rostro que, tal como una aparición del antiguo mundo griego o romano, con el perfil altanero, majestuosamente arropado en una toga de blanco lino que nadie lleva en otros lugares de la India, contempla al hindú con el condescendiente desafío de un toro que mira pensativamente un sapo–negro. Allí, el gavilán de los terrenos bajos, de patas amarillas, se convierte en la poderosa águila de los montes; y las secas estípites y las bardanas quemadas, los cactus de los campos de Madras crecen en gigantescas hierbas, en bosques enteros de juncos, donde el elefante puede jugar audazmente al escondite, sin temer la mirada del hombre. El ruiseñor ruso canta en esas alturas, y el cuclillo pone sus huevos en el nido de la *maina* del sur de amarillo pico, en lugar del nido de su amiga septentrional, la corneja tonta, que se transforma, en esos bosques, en un cuervo cruel y negro como el hollín. Los contrastes surgen por doquier, las anomalías aparecen en todos los lugares donde se posa la mirada. De la densa fronda del manzano silvestre surgen, en las horas claras del día, melodiosos sonos, gorjeos, cantos de pájaros desconocidos en los valles de la India; sin embargo, en los sombríos bosques de pinos resuenan por momentos los ominosos rugidos del tigre y del *chilah* y los mugidos del búfalo salvaje... Muchas veces, el solemne silencio que reina en las cimas es roto por murmullos misteriosos y dulces, estremecimientos y, bruscamente, por un rauco grito... Luego, todo calla otra vez, se desvanece en las embalsamadas ondas del puro aire de las cimas, y por mucho tiempo, renace el silencio que ningún ruido interrumpe.

En aquellas horas de hondo apaciguamiento, el oído atento, amante de la naturaleza, es capaz de oír el latido de su robusto y poderoso pulso, intuyendo con sutileza el movimiento perpetuo en la manifestación muda de la gozosa vida de las miríadas de formaciones visibles e invisibles.

¡A quien puede vivir en ellos le cuesta olvidar los Nilgiri Azules! En aquel maravilloso clima, la Madre Naturaleza, juntando sus fuerzas diseminadas, las concentra en una potencia única que da nacimiento a todos los prototipos de sus grandes creaciones. Parece alternar en su producción ora la de las zonas septentrionales, ora la de las zonas meridionales del globo terrestre. Por eso se anima, despertando a la

¹⁷ En la estación de las lluvias, cuando diluvianas tormentas se echan contra el pie de las montañas, sólo algunas gotas de lluvia caen en las alturas, durante algunas horas del día, y a intervalos.

actividad, luego vuelve a dormirse, cansada y perezosa. Se la ve medio soñolienta en la impoluta majestad de una belleza centelleante de rayos solares, acunada por las armoniosas melodías de todos los reinos. Se la encuentra altiva y salvaje, recordando su poderío gracias a las colosales floras de sus selvas tropicales y el rugido de sus fieras gigantes. Otro paso en la zona opuesta y la Naturaleza vuelve a caer como si estuviese agotada por un extremado esfuerzo y se duerme deliciosamente en los tapices de violetas del Norte, de nomeolvides y de muguets... Y nuestra Madre poderosa y grande está echada, silenciosa e inmóvil, acariciada por los frescos céfiros y las tiernas alas de las mariposas y otros lepidópteros muy raros y de encantadora belleza.

Hoy, el pie de esta colina está rodeado por triple cerco de bosquecillos de eucaliptos. Esos bosquecillos deben su existencia a los primeros plantadores europeos¹⁸. Aquel que no conoce el admirable *Eucalyptus globulus*, originario de Australia, cuyo crecimiento es más vigoroso en tres o cuatro años que el de cualquier árbol en veinte años, ignora el esencial encanto de los jardines. Por ser un incomparable medio para purificar el aire de todas las miasmas, dichos bosques hacen aún más sano el clima del Nilguiri. Todos los indígenas a quienes aturden las caricias demasiado monótonas y quemantes de la naturaleza hindú, y también los representantes de Europa en la presidencia de Madras, sólo tienen una impaciencia: la de buscar la salud y el reposo en el seno mismo de esta Naturaleza, en las Montañas Azules; y éstas nunca engañan su espera; al sintetizar como un inmenso ramo todos los climas, todas las floras, la zoología y la ornitología de las cinco partes del mundo, el genio de esas montañas ofrece sus tesoros, en nombre de su Reina, al viajero fatigado que sube a las Montañas Azules, al Nilguiri.

Las “Montañas Azules” representan la tarjeta de visita llena de títulos y méritos que la Naturaleza, madrastra cruel del europeo en la India, ofrece a su sufrelotodo en señal de plena reconciliación.

La hora de dicha reconciliación sonó finalmente para nuestros desdichados héroes. Quebrantados, sin fuerzas, apenas podían sostenerse sobre sus pies. Kindersley, más fuerte, había sufrido menos que Whish. Luego de descansar un poco, dio la vuelta a la cima: quería ver, a través del caos de bosques y de peñas, el camino más fácil para descender, cuando creyó divisar humo no lejos de donde estaba. Kindersley se apresuró en regresar junto a su amigo para anunciarle esta buena nueva, cuando de pronto se detuvo, estupefacto... Ante él estaba Whish, de pie, medio vuelto de espaldas, pálido como un muerto y temblando de fiebre. Con el brazo extendido, Whish señalaba con ademán convulsivo un lugar muy cercano.

Siguiendo la dirección de su dedo, Kindersley vio, a algunos centenares de pies, ante todo una casa, luego hombres. Esta vista que los hubiera alegrado en otro momento, provocó en ellos –no hubieran podido decir por qué– indecible terror. La casa era extraña, de una forma que desconocía por completo. No tenía ni ventana, ni puerta; redonda como una torre, la remataba un tejado piramidal aunque terminaba en forma de bóveda. En cuanto a los seres humanos, los dos ingleses vacilaron al principio en considerarlos hombres. Ambos se echaron instintivamente tras un matorral cuyas ramas apartaron y miraron con ojos desorbitados a las extrañas siluetas que se movían ante ellos.

¹⁸ Hace cuarenta años, el general Morgan con tres libras de semillas de ese árbol enviadas de Australia, las sembró en todas las regiones vacías y los valles de los alrededores de Uttakamand.

Kindersley habla de una “partida de gigantes rodeada por varios grupos de enanos horriblemente feos”. Olvidando su anterior temeridad y la forma en que se burlaban de los chicaris, los ingleses estaban prontos a considerarlos como genios y gnomos de esas montañas. Pero no tardaron en saber que veían allí a los grandes toddees, a los haddagues, sus vasallos y adoradores, y a los pequeños servidores de esos vasallos, los salvajes más feos del mundo: los mulu–kurumbes.

Los ingleses no tenían más cartuchos, habían perdido uno de sus fusiles y se sentían demasiado débiles como para resistir hasta un ataque de los enanos. Se prepararon, pues, para huir de la colina dejándose deslizar por el suelo, como pelotas, cuando de pronto advirtieron otro enemigo que los sorprendía por el flanco. Monos, que se habían deslizado hasta los ingleses, sentados un poco más alto que ellos, encima de un árbol, abrieron fuego con un proyectil bastante desagradable: barro. Sus parloteos, sus gritos de guerra no tardaron en llamar la atención de un rebaño de enormes búfalos que pastaban en las cercanías. Estos animales empezaron a mugir a su vez levantando la cabeza hacia la cumbre de la colina. Finalmente, los toddees mismos debieron percibir a nuestros héroes, pues al cabo de algunos minutos aparecieron repugnantes enanos y se apoderaron sin resistencia alguna de los dos ingleses medio muertos. Kindersley, como él mismo escribe, “se desvaneció a causa del hedor que exhalaban esos monstruosos salvajes”. Para sorpresa de los dos amigos, los enanos no los comieron, ni siquiera les hicieron mal alguno. “Se pasaban el tiempo saltando y bailando delante de nosotros, y reían a mandíbula batiente” dice Kindersley. “¡Los gigantes, es decir los toddees, se comportaron del todo como *gentlemen* (sic)!” Luego de satisfacer su curiosidad, evidentemente natural, en presencia, como lo supimos más tarde, de los primeros hombres blancos que hubiesen visto, los toddees les hicieron beber una excelente leche de búfalo, les sirvieron queso y hongos, luego los acostaron en la casa piramidal donde “estaba oscuro, pero el aire era seco y caliente, y donde durmieron con sueño de plomo hasta el día siguiente”.

Los ingleses se enteraron luego que los toddees habían pesado toda la noche en un consejo solemne. Algunos años después, los toddees contaron a mister Sullivan lo que habían experimentado en esas memorables horas. (Seguían llamando a Sullivan, quien se había ganado su confianza y su amor, su “hermano paterno”¹⁹, palabras que expresan su veneración más grande después de la de “padre”.) Los toddees le dijeron que hacía mucho tiempo que esperaban a “los hombres que moran en las tierras del sol poniente”. Sullivan les preguntó cómo habían podido prever su llegada. Y los toddees siempre le dieron esta invariable respuesta: *los bájalos nos lo dijeron hace mucho tiempo; siempre saben todo*. Los ancianos, esa noche, habían decidido la suerte de los ingleses y vuelto así una nueva página de su propia historia. A la mañana siguiente, al ver que a los ingleses les costaba caminar, los toddees dieron orden a sus vasallos de fabricar angarillas para que los baddagues pudieran transportarlos. Los ingleses vieron, esa misma mañana, que los toddees despedían a los enanos. “Después y hasta el día de nuestro regreso al Nilguiri, no los vimos más y no los encontramos en lugar alguno”, cuenta Kindersley. Como se supo luego, sobre todo después de los relatos del misionero Metz, no faltaban motivos para que los toddees temieran para sus huéspedes la presencia hostil de los mulu–kurumbes: les habían ordenado regresar a su cuevas de los bosques,

¹⁹ Por razones que enunciaré más adelante, los toddees no reconocían pariente alguno, salvo el *padre*, y aun en una forma por completo nominal. El todde considera como padre a quien lo adopta.

prohibiéndoles formalmente mirar a los hombres blancos. Esta prohibición, extraña en verdad, la explicó el misionero por el hecho de que “la mirada del kurumbe *mata al hombre que lo teme y no está acostumbrado a él*”. Y como la aterrorizada repulsión de los ingleses por los enanos había sido notada por los toddes desde la llegada de los dos cazadores, los gigantes prohibieron en seguida a los kurumbes mirar los hombres blancos.

¡Desdichados toddes, de alma grande! Quién sabe cuántas veces, después, los ancianos no se habrán arrepentido de no haber abandonado aquellos hombres al mal *ojo* de los mulu-kurumbes. Pues el destino del Nilguiri dependía de su regreso a Madras y de su informe. Pero, “así lo habían decidido los búfalos... ¡y ellos saben!”.

Llevados con lentitud, suavemente, por los baddagues, sobre angarillas, asombrados y naturalmente alegres de su feliz e inesperada liberación, los ingleses tuvieron oportunidad de bien estudiar esta vez el camino y de examinar mejor los lugares circundantes. Quedaron estupefactos ante la diversidad de la flora que reúne casi todas las familias de los trópicos a las de los climas septentrionales. Los ingleses contemplaban viejos pinos gigantes de cuyos rudos troncos no se veían las raíces cubiertas por áloes y cactus, las violetas crecían a los pies de las palmeras y los abedules de blanca corteza, los estremecidos álamos temblones se reflejaban en las sombrías y mudas aguas de una laguna, ' junto a la flor del loto, flor real de Egipto y de la India. Encontraron en su camino los frutales de todos los países, hayas de toda clase, desde las bananas y las manzanas hasta las piñas, fresas y frambuesas. ¡País de la abundancia, tierra bendita! ¡Las “Montañas Azules” son en realidad una de las regiones escogidas por la Naturaleza para sus exhibiciones universales!

Durante el descenso, centenares de arroyuelos no cesaban de gorjear en torno de los viajeros; el agua clara y sana surgía de las hendeduras de las peñas, los vapores se levantaban de los manantiales minerales, y de todas las cosas emanaba un frescor que hacía mucho que los ingleses habían olvidado en la tórrida India.

La primera noche de ese viaje, una aventura bastante cómica les ocurrió a nuestros héroes. Los baddagues, luego de una breve deliberación, se apoderaron bruscamente de los dos ingleses, los desnudaron completamente y, pese a su desesperada resistencia, los sumergieron en la tibia agua mineral de una laguna y les lavaron las llagas y otras heridas. Luego sosteniéndolos, uno tras el otro, en los brazos cruzados, por encima del agua, justo donde se desprendía el cálido vapor, los baddagues entonaron un canto que se parecía a un conjuro, acompañándolo con tales muecas y gritos salvajes, como escribe Kindersley, que llegó el “momento en que creíamos seriamente que nos iban a sacrificar a los dioses de los bosques”.

Los ingleses se equivocaban; pero sólo se pudieron convencer de la injusticia de sus sospechas a la mañana siguiente. Luego de frotarles los pies enfermos con cierto unguento hecho con arcilla blanda y hierbas jugosas, los baddagues cubrieron con mantas a los dos cazadores y “los durmieron literalmente por encima del tibio vapor del manantial”. Cuando los despertaron al día siguiente, los ingleses experimentaron un extraordinario bienestar en todo el cuerpo y más en especial mucha fuerza en los músculos. Todos los dolores que sentían en las piernas y las articulaciones habían desaparecido como por arte de encantamiento. Se levantaron en buena salud,

fortalecidos. “En verdad nos sentíamos avergonzados ante esos salvajes de quienes habíamos injustamente sospechado”, cuenta Whish en una carta a un amigo.

En la tarde, habían llegado a un punto tan bajo de la ladera que sintieron otra vez calor: los ingleses observaron entonces que habían pasado más allá del nivel de la bruma y ya se encontraban en la región de Kuimbatur.

Whish escribe que el siguiente hecho los había asombrado: al trepar a la montaña, veían a cada rato las huellas de la presencia de animales salvajes, ambos estaban en guardia y tomaban todas las precauciones posibles para no caer en la guarida de un tigre, no darse de buenas a primera con un elefante o una manada de “chitahs”, “mientras que al regreso, *el bosque parecía muerto*: hasta los mismos pájaros dejaban oír su canto a lo lejos, sin volar cerca de nosotros... ni siquiera una liebre roja saltó en el camino”. Los baddagues los llevaban siguiendo un sendero apenas visible, sinuoso y al que ningún obstáculo parecía interrumpir. En el preciso momento en que el sol se ponía, salieron del bosque y no tardaron en encontrar a los kuimbatureses de los poblados diseminados al pie de la montaña. Pero los ingleses no pudieron presentar a sus guías. Al divisar a lo lejos los coolíes que regresaban en grupos del trabajo, los baddagues desaparecieron instantáneamente, saltando de una roca a la otra, como una bandada de monos atemorizados. Los ingleses, milagrosamente salvados, se quedaron solos otra vez. Ahora, se hallaban a la linde del bosque: todo peligro se había desvanecido.

Interrogaron a los aldeanos y se enteraron de que los baddagues acababan de descenderlos muy cerca de Malabar, en Uindi, comarca diametralmente opuesta a Kuimbatur. Una cadena de montañas los separaba de la cascada de Kolakambe y del poblado de donde habían salido. Los malabareses los acompañaron a la carretera y, para la cena, los ingleses fueron acogidos por el *munsil* (baile) hospitalario del burgo. A la mañana siguiente consiguieron caballos y llegaron por fin hacia la noche, sin que les sucediese otra aventura, a la aldea de donde habían partido para dirigirse a las encantadas montañas, hacía exactamente doce días.

La noticia del feliz retorno de *saabs* blasfemos, que regresaban de la morada de los dioses, se difundió por la aldea y los alrededores con la rapidez del rayo.

“Las *devas* no habían castigado a los insolentes, ni siquiera tocado los *ferings* que acababan de violar tan audazmente sus cielos cerrados por siglos al resto del mundo... ¿Qué significaba esto? ¿Acaso eran los elegidos de *Saddu*?...” Tales eran las palabras que se murmuraban, se multiplicaban, se transmitían de una aldea a la otra, hasta convertirse en el más extraordinario suceso del día. Los brahmanes guardaban ominoso silencio. Los ancianos decían: “Tal fue, esta vez, la voluntad de las *devas* benditas; mas ¿qué nos reserva el porvenir? Sólo los dioses lo saben”. La emoción cruzó muy lejos las fronteras del distrito. Multitud de dravidianos venían para prosternarse ante los ingleses y rendirles los honores debidos a los “elegidos de los dioses...”

Los agrimensores ingleses triunfaban. El “prestigio británico” echó profundas raíces y se mantuvo firme por largos años al pie de las “Montañas Azules...”

CAPÍTULO II

Hasta esta página, y pese a los datos que tomé de los relatos publicados por Kindersley y Whish, el mío se parece a una leyenda. Como deseo que no se me sospeche de la menor exageración, proseguiré mi descripción fundándome en las palabras del administrador de Kuimbatuir, del *High Honourable D. Sullivan*, extraídas de los informes que la East India Company publicó ese mismo año. Así nuestro “mito” tomará un carácter puramente oficial. Esta obra no va a aparecer, pues, como se hubiera podido suponer hasta ahora, en la forma de un importante pasaje tomado de la historia medio fantástica de dos cazadores hambrientos y casi moribundos, presa de la fiebre, del delirio provocado por las privaciones, o como una simple llamada al cuento inventado por los supersticiosos dravidianos. Mi libro ha de constituir el reflejo preciso de los informes de un funcionario inglés, la exposición de sus estadísticas relativas a las “Montañas Azules”. Mister D. Sullivan vivió en Nilguiri y administró durante mucho tiempo las cinco tribus. Y el recuerdo de este hombre justo y bueno perdurará por largo tiempo: sigue vivo en las colinas²⁰ immortalizadas por Utta Kamand que había construido con sus floridos jardines, su bello lago. Y sus libros, accesibles a todos, sirven de testimonio y de confirmación a todo cuanto escribo. El interés de nuestra narración no puede sino aumentar gracias a este llamamiento a las auténticas declaraciones del antiguo colector de Kuimbatuir.

Controlé en las jornadas de mi estada personal en Nilguiri la realidad de las observaciones hechas acerca de los toddes y los kurumbes por numerosos funcionarios y misioneros, comparé sus declaraciones y teorías con los datos de los libros de mister Sullivan y las auténticas palabras del general Morgan y de su esposa, y respondo de la absoluta verdad de todos esos escritos...

Reanudo este libro en la hora en que los agrimensores regresaron a Madras después de su milagrosa salvación...

Los rumores relativos a la nueva tierra descubierta y a sus habitantes, su hospitalidad, y sobre todo la ayuda prestada por los toddes a los héroes ingleses, cobraron tales proporciones en su resonancia universal, que los “padres” se despertaron y creyeron que debían actuar seriamente.

Se envió un correo de Madras a Kuimbatuir. Ese viaje dura hoy doce horas; lo efectuó entonces en doce días. Y se dio la orden siguiente al “gobernador” del distrito, en nombre de las autoridades supremas: “Mister John Sullivan, colector, tiene el encargo de estudiar el origen de estúpidas fabulaciones divulgadas respecto de las “Montañas Azules”, verificar su autenticidad y escribir luego un informe a las autoridades”.

El colector organizó al punto una expedición; no como la expedición de los agrimensores, mero puñado de hombres congregados a toda prisa que se dispersaban en

²⁰ Su hijo es conocido en todo Madras; desde hace algunos años tiene el cargo de uno de los cuatro miembros del Consejo del Gobierno general de Madras y vive casi siempre en las montañas del Nilguiri.

seguida, sino un contingente que equipó como si tuviera en vista un viaje a los océanos polares.

Los seguía un ejército de cipayos, con varias decenas de elefantes de guerra, centenares de chitahs²¹ de caza, de perros y de poneys. Formaban la retaguardia dos docenas de maestros de caza ingleses. Llevaban presentes; para los toddes, armas que nunca emplean; para los kurumbes, turbantes para los días de fiesta, tocado que no llevaron ni una sola vez desde el día de su nacimiento. Nada faltaba. Llevaban tiendas e instrumentos; médicos que traían una farmacia completa; tampoco habían olvidado los bueyes que debían matar todos los días, y los prisioneros indígenas para trabajar la tierra en donde fuera necesario arriesgar la vida, sacrificar existencias humanas para hacer saltar rocas o desbrozar caminos. Los únicos que faltaban eran los guías autóctonos: porque los hombres de esta profesión volverían a huir de todas las aldeas. La suerte de los dos malabareses, en la primera expedición, estaba todavía fresca en todas las memorias. “Quizá tengan que dar cuenta los indígenas”, decían los brahmanes espantados, “y hasta los ingleses y su prestigio”, agregaban los dravidianos aterrorizados, “del acto por el cual no sufrieron castigo los bara-saabs”.

Tres “grandes rajahs” enviaron embajadas a Maisur, Vadian y Malabar con instrucciones de suplicar al colector de dejar a salvo la región y sus numerosas poblaciones nativas. La cólera de los dioses, declaraban, se contiene a veces, pero cuando estalla, se vuelve terrible. La profanación de las santas alturas del Toddabet y del Mukkertabet podía ser seguida por terribles desdichas para el país entero. Siete siglos antes, los reyes de Tcholli y de Pandia, deseando apoderarse de las montañas, partieron a la cabeza de dos ejércitos para guerrear con las devas, mas, no habían acabado de cruzar el límite de la bruma cuando fueron aplastados con todas sus tropas y sus bagajes por enormes rocas que cayeron sobre ellos. Ese día, se vertió tanta sangre, que las peñas se colorearon de púrpura en una extensión de varias millas y hasta la misma tierra se volvió roja²².

El colector mostró inquebrantable firmeza. Es siempre difícil hacer que un inglés ceda. El británico no cree en el poder de los dioses; por el contrario, todo objeto cuya posesión se presta a controversias debe ser suyo, por derecho divino.

Por lo tanto, en enero de 1819, la caravana de mister Sullivan se puso en camino y empezó la ascensión de la montaña por el lado de Denaigukot, es decir dejando a un lado la cascada “portadora de muerte”. Y he aquí lo que los asombrados lectores podrán leer en el *Correo de Madras* del 30 de enero y del 23 de febrero que reproducía los informes del colector. Abrevio y resumo:

...Me complazco en anunciar a la *most honourable*, a la East India Company y a sus Excelencias los señores directores que, con arreglo a las órdenes recibidas... (fecha, etc.) he salido (todos los detalles conocidos)... para las montañas. Me fue imposible procurarme guías pues, so pretexto de que esas elevaciones son el dominio de sus dioses, los aborígenes me declararon que preferían la cárcel y la muerte a un viaje más

²¹ Chitahs, animales domesticados para cazar el jabalí, el oso y el gamo. Todos los cazadores de la India los emplean.

²² En efecto, en algunas regiones, sobre todo en Uttakamand, las rocas y la tierra misma tienen el color de la sangre, pero esto se debe a la presencia de hierro y de otros elementos. Cuando llueve el suelo de las calles de las ciudades adquiere un color rojo anaranjado.

allá de las “brumas”. Por lo tanto equipé un destacamento de europeos y cipayos y el 2 de enero de 1819 dimos comienzo a la ascensión en la aldea de Denaigulcot, situada a dos millas por debajo del pie del “pico” de Nilguiri... Con el fin de conocer el clima de esas montañas, me complazco en adjuntar los cuadros comparativos desde el primer hasta el último día de nuestro ascenso.

Esos cuadros revelan el siguiente hecho: mientras en la presidencia de Madras, entre el 2 y el 15 de enero, el termómetro señalaba de 85° a 106° Fahrenheit, el mercurio permanecía en 50° a partir de 1.000 por encima del nivel del mar, descendiendo a medida que se acercaba uno a la cumbre y señalando sólo 32° (sea 0° Réaumur) a la altura de 8.076 pies en las horas más frías de la noche.

Hoy, muchos años después de las primeras expediciones, cuando las elevaciones nilguirianas están cubiertas de plantaciones europeas, cuando la ciudad de Uttakamand cuenta con 12.000 habitantes permanentes, cuando todas las cosas están ordenadas, conocidas, el clima de esa admirable comarca constituye por, sí mismo un fenómeno inopinado, milagroso: a 300 millas de Madras, a n grados del Ecuador, de enero a diciembre, la temperatura pese al monzón del sudoeste y del nordeste, evoluciona siempre con una diferencia constante de 15 a 18 grados en los meses más fríos y más cálidos del año, desde la aparición hasta la puesta del sol, en enero como en julio, a 1.000 como a 8.000 pies de altura. He aquí las pruebas irrefutables de las primeras observaciones de mister Sullivan.

El termómetro Fahrenheit señala el 2 de enero a 1.000 pies de altura:

A las 6 de la mañana, 57°; a las 8, 61°; a las 11, 62°; a las 14, 68°; a las 20, 44°.

A 8.700 pies de altura, el mismo termómetro Fahrenheit señala el 15 de enero:

A las 6 de la mañana, 45°; de mediodía a las 14, 48°; a las 20, 30°; a las 2 de la madrugada, el agua tenía una ligera capa de hielo.

Y esto en enero, a unos 9.000 pies por encima del nivel del mar.

Abajo, en el valle, el 23 de enero, el termómetro señalaba a las 8 de la mañana, 83°; a las 20, 97°; a las 2 de la madrugada, 98°.

Para que esas cifras no cansen demasiado al lector, doy fin a esta determinación del clima nilguiriano con un cuadro comparativo de la temperatura Fahrenheit de Uttakamand, capital actual de las “Montañas Azules”, con las de Londres, Bombay y Madras:

Londres	50°
Uttakamand (7.300 pies)	57°
Bombay	81°
Madras	85°

Todo enfermo que huía del quemante calor de Madras en su prisa por llegar a las bienhechoras montañas se sanaba casi siempre. Los dos primeros años que siguieron a la fundación de Uttakamand, sea de 1827 a 1829, entre los 3.000 habitantes ya establecidos en dicha ciudad y sus 1.313 huéspedes de paso, sólo se contaron dos muertes. Nunca la tasa de mortalidad de Uttakamand excedió $\frac{1}{4}\%$; y leemos en las

observaciones del Comité sanitario: “El clima del Nilguiri se considera hoy, con sobrada razón, como el más sano de la India. La perniciosa acción del clima tropical no persiste en esas alturas salvo en el caso de que uno de los órganos principales del enfermo esté irremediamente perdido”.

Mister Sullivan explica del siguiente modo la ignorancia secular en que permanecían sumidas las poblaciones nativas que vivían cerca del Nilguiri, respecto de esta maravillosa comarca:

“Los montes nilguirianos se extienden entre los 76° y 77° de longitud este y entre los 11° y 12° de latitud norte. La vertiente septentrional sigue siendo inaccesible a causa de las rocas casi perpendiculares. Al sur, hasta unas cuarenta millas del océano, siguen cubiertos aún hoy de selvas impenetrables porque es imposible cruzarlas; al oeste y al este, están rodeados y cercados por peñas de aguda cima y por los collados de Khunda. No es de extrañar, entonces, que, por siglos, el Nilguiri permaneció Por completo desconocido del resto del mundo; además, en la India estaba protegido contra cualquier invasión por su naturaleza del todo excepcional desde muchos puntos de vista.

“Juntas, las dos cadenas montañosas, la del Nilguiri y la de Khunda, abarcan una superficie geográfica de 268.494 millas cuadradas, llena de rocas volcánicas, valles, desfiladeros y peñas”.

Debido a ello, después de haber llegado al nivel de 1.000 pies, el ejército de mister Sullivan se vio obligado a abandonar los elefantes, a arrojar casi todos los bagajes, pues era preciso subir cada vez más alto, escalando las rocas con la ayuda de cuerdas y poleas. El primer día, tres ingleses perecieron, el segundo, siete indígenas entre los prisioneros fueron muertos. Kindersley y Whish, que acompañaban a Sullivan, no podían prestar ayuda alguna. El camino que seguían tan fácilmente los baddagues, en el descenso, había desaparecido para siempre jamás; toda huella parecía haber sido suprimida por arte de encantamiento; hasta el día de hoy, nadie pudo encontrarlo, a despecho de largos y minuciosos esfuerzos. Los baddagues fingieron no comprender pregunta alguna: evidentemente, los aborígenes no tienen la intención de revelar a los ingleses *todos* sus secretos.

Luego de haber triunfado sobre el principal obstáculo, las escarpadas peñas que rodeaban los montes del Nilguiri, semejantes a la muralla china, luego de haber perdido dos cipayos y quince prisioneros, la expedición no tardó en verse recompensada por sus penas, pese a todas las dificultades que aún la esperaban. Trepano paso a paso las pendientes, cavando gradas en las rocas, o volviendo a bajar, sostenidos por cuerdas, centenares de pies en hondos precipicios, los ingleses llegaron por fin, en el sexto día de su viaje, a un altiplano. Allí, en la persona de; colector, la Gran Bretaña “declaró que las “Montañas Azules” eran territorio real. La bandera inglesa fue izada sobre una alta peña” escribía mister Sullivan con tono alegre, “y los dioses nilguirianos se convirtieron en súbditos de Su Majestad británica”.

A partir de ese momento los ingleses encontraron huellas de moradas humanas. Se hallaron en una región “de majestuosa y mágica belleza” pero al cabo de algunas horas “ese cuadro se desvanece bruscamente, como por milagro: nos encontramos otra vez cercados por la niebla. Habiéndose acercado imperceptiblemente la nube nos rodeó por todos lados, aunque habíamos franqueado hacía mucho –como lo creían Kinderoley y Whish– el límite de las brumas eternas”.

En esa época la estación meteorológica del observatorio de Madras no pudo descubrir la naturaleza de ese fenómeno extraño y atribuirlo, como hoy, a sus verdaderas Causas²³. Mister Sullivan, en su asombro, sólo pudo comprobar el fenómeno y describirlo tal como se produjo en ese entonces. "A todo lo largo de una hora, escribe, nos sentimos muy *tangiblemente* sumergidos en una niebla tibia, *muelle como el plumón*, y nuestra ropa quedó empapada por completo. Dejamos de vernos a una distancia de medio paso: la niebla, en efecto, era muy densa. Luego, los hombres, como las partes del panorama que nos rodeaba empezaron a saltar con mucha rapidez frente a nosotros, apareciendo o desapareciendo en esa atmósfera azulada, húmeda y como iluminada por luces de bengala...

En algunos lugares, debido a la subida lenta y difícil "el vapor se volvía tan intolerablemente cálido" que algunos europeos "por poco se ahogan".

Desdichadamente, los físicos y naturalistas de la Most Honourable Company, que acompañaban a mister Sullivan, se mostraron incapaces o carecieron de tiempo para profundizar el fenómeno. Pasó un año y era demasiado tarde para estudiarlo: en cuanto la mayor parte de las peñas que rodeaban antaño las montañas desaparecieron unas tras las otras –las hicieron saltar para construir los caminos del Nilguiri–, el fenómeno mismo dejó de producirse sin dejar huella alguna²⁴. El cinturón azul del Nilguiri se desvaneció. Hoy, la niebla es muy rara; sólo se forma en la época de los monzones. En cambio, las montañas, de lejos, se volvieron aún más azules, de un color zafirino más vivo.

Los primeros informes del asombrado colector elogian la riqueza natural y la fecundidad de esa maravillosa comarca: "Por doquier pasábamos, la tierra se mostraba buena; los baddagues nos dijeron que daba dos cosechas por año de cebada, trigo candéal, opio, guisantes, mostaza, ajos y otras hierbas distintas. A despecho del glacial frío de las noches de enero, vimos amapolas en flor. Manifiestamente, la helada no tiene en ese clima ninguna acción sobre el desarrollo de la flora... Hallábamos el agua deliciosa en todos los valles y desfiladeros de la montaña. A cada cuarto de milla, encontrábamos infaliblemente un manantial de montaña que era menester cruzar, con riesgo de la vida; muchas de esas fuentes contienen hierro y su temperatura superaba en mucho a la del aire... Las gallinas y aves domésticas que se ven en los corrales de los sedentarios baddagues tienen un tamaño dos veces superior a los animales más vigorosos de la misma especie en Inglaterra. Y nuestros cazadores observaron que la caza nilguiriana –faisanes, perdices y liebres, estas últimas de un color completamente rojo–, es también mucho más vigorosa que en Europa. Los lobos y los chacales se

²³ Durante las lluvias del monzón, traídas sobre todo por el viento del sudoeste, la atmósfera está siempre más o menos cargada de densos vapores. La niebla, que se forma al comienzo en las cimas, invade las rocas situadas al pie del Nilguiri, a medida que el calor del día deja lugar al húmedo fresco de la noche y que los vapores descienden. Es preciso agregar a esto la evaporación constante de las ciénagas en los bosques, donde los árboles tupidos permiten que el suelo conserve la humedad y que las lagunas y ciénagas no se sequen como en los valles. Por eso las montañas del Nilguiri, ceñidas por una hilera de rocas que sobresalen, mantienen durante gran parte del año los vapores que, después, se convierten en niebla. Por encima de la bruma, la atmósfera permanece siempre muy pura y transparente; la niebla sólo se percibe desde abajo, no se la ve estando en las cumbres. Empero, los sabios de Madras no han podido resolver aún el problema del color azul muy vivo de la bruma, y el de las montañas.

²⁴ Hoy sólo existe un camino para cabalgaduras, la Silúrica de Metopolam; los otros son peligrosos y sólo los coolíes a pie y sus pequeños poneyes pueden seguirlos.

encontraban en grandes manadas. También se veían tigres que no conocían aún el fusil del hombre, parejas de elefantes. Éstos nos miraban y se apartaban con indiferencia, sin prisa, en la completa ignorancia del peligro posible... La ladera meridional de las montañas, a 5.000 pies de altura, cubierta por bosques tropicales, absolutamente vírgenes abunda en elefantes de un color particular, casi negro, y de mayor tamaño que los elefantes de Ceilán. Las serpientes son numerosas y muy bellas; en las regiones por encima de 3.000 pies, son inofensivas (se lo comprobó hoy). Agreguemos un número incalculable de monos, en todas las elevaciones”.

Debo decir que los ingleses los matan sin piedad alguna²⁵. Desdichados “primeros padres del género humano”. Y los monos no faltan en el Nilgiri: desde los grandes macacos negros, con capucha de suave pelo gris, los “langures” –*Presbytis jubatus*– hasta los “leones monos” –*Inuus eilenus*–. Los langures viven en las cimas de las más elevadas rocas, en profundas grietas, en familias aisladas, como verdaderos “hombres primitivos de las cavernas”. La belleza de su piel es un pretexto para el implacable exterminio por los europeos de ese animal muy dulce y extraordinariamente inteligente. Los “leones–monos” sólo se encuentran en la orilla de los bosques, en la vertiente meridional de las “Montañas Azules”, de donde salen a veces para calentarse al sol. En cuanto divisan al hombre, los “leones–monos” escapan en seguida a los infranqueables bosques malabareses. La cabeza de esos simios es por completo leonina, con una melena blanca y amarilla y un mechón de pelos análogo en la punta de la cola, de ahí el nombre de “león”.

En esta descripción de la flora y la fauna de las “Montañas Azules”, no me atengo únicamente a las observaciones e informes de Sullivan durante su primera ascensión. En aquella época, era muy escaso lo que sabía y sólo describía lo que hallaba en su camino: completo sus escritos gracias a los descubrimientos más recientes.

Finalmente, los ingleses volvieron a descubrir las huellas de los verdaderos habitantes y dueños de las montañas del Nilgiri: los toddes y los kurumbes. Para evitar las repeticiones, he de decir lo siguiente: como se supo después, los baddagues que vivían con los toddes hacía casi siete años, se mostraban a veces en los campos de Kuimbatour, bajando por senderos que ellos eran los únicos en conocer, para visitar a otros baddagues, sus allegados. Pero los toddes y los kurumbes seguían siendo completamente desconocidos para los indígenas; hoy, cuando comunicaciones regulares y cotidianas se han establecido entre Uttakamand y Madras, nunca abandonan sus cimas. Por mucho tiempo no se pudo explicar el silencio no natural de los baddagues acerca de la existencia de las dos razas que vivían juntas. Al parecer hoy se resolvió con bastante exactitud ese problema: ese secreto se debe únicamente a la superstición cuya causa y origen escapan aun al europeo, pero son comprendidos cabalmente por los indígenas. Los baddagues no hablan de los toddes porque los toddes son para ellos criaturas no terrestres, dioses a quienes veneran: pues bien, pronunciar el nombre de las divinidades *de familias* que escogieron²⁶ un día se considera como la mayor injuria

²⁵ El chicari indígena, si no es mahometano, nunca mata un mono; este animal es sagrado en toda la India.

²⁶ Cada familia hindú, aunque pertenezca a una misma secta o casta que otras, elige una divinidad particular llamada *de familia* y a la que se elige entre los 33 millones de dioses del panteón nacional. Y, si bien esta divinidad es conocida por todos, los miembros de la familia nunca hablan de ella, considerando como una *profanación* cada palabra pronunciada sobre ese particular.

para esos dioses, blasfemia que no comete ningún aborigen, aun amenazado de muerte. Por lo que respecta a los kurumbes, los baddagues los aborrecen tanto más cuanto que adoran a los todde. La simple palabra “kurumbe” dicha en voz baja, según ellos, trae mala suerte a quien la pronuncia.

Habiendo llegado a los 7.000 pies de altura a una extensa pradera de singular forma, los miembros de la expedición encontraron un grupo de edificios al pie de una peña, que Kindersley y Whish reconocieron en seguida como las casas de los todde. Esas moradas de piedra sin puertas ni ventanas, con sus tejados piramidales, estaban grabadas con demasiada fuerza en su memoria como para permitirles la menor duda. Los ingleses echaron una mirada a la única abertura que en esas casas hacía las veces de ventana y puerta, y vieron que las casas estaban vacías, aunque era evidente que estaban habitadas.

A lo lejos, a dos millas de esa primer “aldea”, divisaron “un cuadro digno del pincel de un pintor y ante el cual nos detuvimos presa de inexpresable estupefacción, relata el colector. Sin embargo, los cipayos indígenas que nos acompañaban manifestaban intenso y supersticioso espanto. Una escena de los antiguos patriarcas se ofrecía a nuestras miradas. En diferentes puntos de este extenso valle, rodeado por doquier por altas rocas, varios rebaños de gigantescos búfalos pacían, con campanillas y tamboriles de plata en los cuernos... Más lejos, un grupo de ancianos de venerable semblante, con largos cabellos, el rostro encuadrado por una barba blanca, vestidos con un albo manto...”

Eran –lo supieron después– los mayores de los todde que los esperaban y los búfalos sagrados del *To uel* (recinto del templo) de esta tribu. Alrededor de ellos, reclinados, andando o inmóviles, se veían de setenta a ochenta hombres “en actitudes que nos era imposible imaginarlas más pintorescas”. llevaban todos la cabeza descubierta. A la primera mirada que echó sobre “esos Goliaths gigantes y bellos”, el pensamiento que surgió al punto en el cerebro de nuestro respetable y patriota inglés, fue el de constituir un regimiento especial de esos héroes y, luego de haberlo enviado a Londres, ofrecerlo como presente al rey... Después comprendió la imposibilidad práctica de su idea; pero en esos primeros días, los todde lo asombraron y lo fascinaron literalmente por su extraordinaria belleza que no tenía nada de hindú. A doscientos pasos de ellos estaban sentadas sus mujeres: vestidas como ellos con un manto blanco, llevaban los cabellos largos, bien peinados y echados sobre la espalda. Sullivan contó unas quince; cerca de ellas, media docena de niños jugaban por completo desnudos, pese al frío de enero.

En otra descripción de las “Montañas Azules”, un compañero de Sullivan, el coronel Khennesey escribe diez páginas acerca de las diferencias entre los todde y los otros hindúes con quienes los confundieron por mucho tiempo, pues su lengua y sus costumbres eran desconocidas.

–“El todde se diferencia tan exactamente en todo de los otros indígenas como el inglés se distingue del chino”, escribe el coronel. “Ahora que los conozco mejor, comprendo por qué los baddagues, cuyos allegados encontrábamos en las ciudades de Maisur, antes del descubrimiento del Nilguiri, consideraban a esos seres como pertenecientes a una raza superior, casi divina. Los todde se asemejan en verdad a los dioses, tal como los imaginaban los antiguos griegos. Entre los pocos centenares de “finemen” de esas tribus, no he visto hasta ahora uno solo cuya altura sea inferior a 6 pies $\frac{1}{4}$. Están admirablemente bien hechos y sus rasgos recuerdan la pureza clásica... Agregad a esto

cabellos, tupidos, negros y lustrosos cortados en arco, cortos sobre la frente y las cejas y cayendo tras las orejas, en la espalda, en pesadas masas ensortijadas y tendréis una imagen de su belleza. Los bigotes, la barba que nunca se cortan, tienen el color de la cabellera. Los ojos, grandes, castaños, gris oscuro o hasta azules os miran con mirada honda, tierna, casi femenina... La sonrisa es dulce y alegre, joven en la expresión. La boca, hasta en los ancianos más cansados, conserva los dientes blancos y fuertes, a veces muy bellos. La tez es más clara que la de los canareces del norte. Todos visten de la misma forma. Una especie de toga romana blanca de tela cuyo extremo pasa primero debajo del brazo derecho, luego es echada hacia atrás, sobre el hombro izquierdo. En la mano un bastón con adornos fantásticos... Cuando me enteré de su destino místico y de la fe de quienes creen en su poder mágico, este bastoncillo de bambú, de dos pies y medio de longitud, me turbó más de una vez... Pero no me atrevo, no tengo *derecho*, luego de haber visto muchas veces *lo que vi*, a negar la verdad de su creencia y la exactitud de sus afirmaciones... Si bien a ojos de todo cristiano, la fe en la magia debe siempre considerarse como un pecado, no me siento con derecho a refutar o a burlarme de hechos que sé reales, pese a la repulsión que me inspiran...”

Pero no nos anticipemos. Esas líneas fueron escritas hace muchos años. Sullivan y Khennesey veían entonces a los toddees por primera vez y se referían a ellos oficialmente. Sin embargo, en ese informe del funcionario todo traiciona la perplejidad y revela el asombro, la curiosidad que toda la gente sentía respecto de esta misteriosa tribu.

–“¿Quiénes son?”, razona Sullivan en esas páginas. “Veían a hombres blancos por segunda vez, empero su majestuosa calma, su altivo porté me confundieron: le parecía tan poco a cuanto estamos acostumbrados a ver en las maneras serviles de los indígenas de la India. Los toddees al parecer esperaban nuestra llegada. Desprendiéndose del grupo, un anciano de elevada estatura vino a nuestro encuentro, seguido por otros dos que llevaban en las manos copas de corteza de árbol llenas de leche. Deteniéndose a algunos pasos de nosotros, nos hablaron en una lengua completamente desconocida. Al darse cuenta que no habíamos comprendido ni una sola palabra de lo que decían, eligieron el idioma ialimés, luego el canarecense (que emplean los baddagues), después de lo cual nos fue más fácil entendernos.

Para esos extraños aborígenes éramos hombres que parecían pertenecer a otro Planeta. “No pertenecéis a nuestras montañas, nuestro sol no es el vuestro, y nuestros búfalos os son desconocidos”, me decían los ancianos. –“Os echan al mundo *de la misma manera que los baddagues*–, nosotros nacemos en forma diferente (?), observó otro anciano, cuyas palabras me asombraron mucho. Todo cuanto nos decían los toddees nos permitía comprender que éramos, para ellos, los habitantes de una tierra que habían oído mencionar, pero que nunca habían visto, como tampoco sus habitantes. Y se consideraban como pertenecientes a una raza del todo especial”.

Cuando todos los ingleses se hubieron sentado sobre la tupida hierba, junto a los ancianos –los demás toddees permanecían más lejos, detrás–, dijeron a los ingleses que los esperaban desde hacía algunos días. Los baddagues, que hasta entonces eran el único eslabón que permitía a los toddees comunicarse con el resto del mundo, es decir la India, los habían ya prevenido: los rajahs blancos, instruidos por los dos cazadores que los baddagues salvaron de los “lugares habitados por los búfalos”, se estaban acercando por las montañas. Y los toddees declararon también a mister Sullivan que desde hacía

muchas generaciones existía una profecía entre ellos: vendrían hombres de allende los mares y se afincaría junto a ellos, como lo habían hecho los baddagues; habría que darles parte de las tierras y “vivir con ellos como si fueran hermanos, en familia”. Tal es su voluntad, agregó uno de los ancianos, señalando los búfalos, “saben mejor lo que es bueno o malo para sus hijos”.

Y mister Sullivan observa: “En ese entonces no comprendimos esa enigmática frase acerca de los búfalos y sólo concebimos su significado más tarde. El sentido, si bien singular, no nos es extraño, en la India donde la vaca es considerada como un animal sagrado y tabú”.

A despecho de las tradiciones personales que conservan obstinadamente los toddees, los etnólogos ingleses gustarían reconocer en ellos a los sobrevivientes de una tribu orgullosa, cuyo nombre y otras características permanecen, por otra parte, perfectamente desconocidos. Sobre una base tan firme, construyen su hipótesis que, en suma, es la siguiente: esta tribu orgullosa vivía *verosímelmente* en el pasado (¿cuándo? La época sigue siendo desconocida), en los terrenos bajos de Dekkan, cerca del río; y sus rebaños de búfalos sagrados (que, por otra parte, nunca fueron considerados sagrados en la India) ,pacieron allí mucho tiempo antes que sus futuras rivales, las vacas, monopolizaran la veneración popular. También se supone que esa misma tribu *orgullosa* “rechazaba con crueldad y detenía la ininterrumpida bajada de las poblaciones arias o de los brahmanes de Max Müller, “por el Oxo”, que llegaban de las Montañas del Norte (o del Himálaya)”.

Esta amable hipótesis, y verosímil a primera vista, con todo se desmorona ante el siguiente hecho: los toddees, si bien constituyen en verdad una “tribu orgullosa”, no llevan ninguna arma y tampoco guardan el recuerdo de semejantes instrumentos de lucha. Y si no poseen ni siquiera un puñal para defenderse de los animales salvajes, ni un perro para la vigilancia nocturna, los toddees tienen ciertamente, para triunfar sobre sus adversarios, medios muy diferentes de todo cuanto recuerda la fuerza *armada*.

Según mister Sullivan, los toddees defienden muy legítimamente sus derechos sobre “Las Montañas Azules”, como sobre su propiedad secular. Afirman –y sus vecinos seculares confirman sus palabras– ese derecho de antigüedad: declaran todos unánimemente que los toddees ya eran dueños de las montañas cuando llegaron los primeros colonos pertenecientes a otras tribus, los mulu–kurumbes. Luego llegaron los baddagues, y finalmente los chottes y los errulares. Esas tribus pidieron a los toddees que vivían solos en las alturas y recibieron de ellos el permiso de morar en esas montañas. Para esa autorización, las cuatro tribus pagaban a los toddees una contribución no en moneda –pues antes de la llegada de los ingleses el dinero era desconocido en esas cimas–, sino en especie: algunos puñados de granos que pertenecían a los campos trabajados por los baddagues; algunos objetos de los que los chottes fabricaban de hierro, necesarios para la construcción de casas y la vida doméstica; raíces, bayas, diferentes frutos de los kurumbes, y otros dones.

Las cinco razas se distinguían en forma, tajante una de la otra, como lo veremos en seguida. Sus lenguas, religiones y costumbres, como sus tipos, nada tienen de común. Según toda verosimilitud, esas tribus representan los últimos sobrevivientes de las razas prehistóricas aborígenes de la India meridional; pero, si se pudieron reunir ciertos conocimientos en lo que concierne a los baddagues, los chottes, los kurumbes y los

errulares, la historia, para los todde, se borró como si estuviese escrita sobre arena. Si lo juzgamos por los antiguos sepulcros de “la Colina”, y por algunas ruinas de templos y pagodas, no sólo los todde, sino también los kurumbes debieron llegar a la civilización en épocas prehistóricas: los todde poseen signos que, incontestablemente, se parecen a letras, en el género de las inscripciones cuneiformes de los antiguos persas.

Mas, qué importancia tiene lo que fueron los todde en un lejano pasado; hoy son una tribu patriarcal cuya vida toda se concentra en sus búfalos sagrados.

Por eso los numerosos escritores que se refieren a los todde, llegaron a la conclusión de que adoran a los búfalos como si fueran dioses, practicando así la zoolatría. No es verdad. Por lo que sabemos, su religión posee un carácter mucho más elevado que una sencilla y tosca adoración de los animales.

El segundo informe y los otros que escribió mister Sullivan son aún más interesantes. Pero, como no cito las palabras del respetable funcionario inglés sino para confirmar mis propias observaciones y estudios, no hay, motivo para que vuelva a referirme a ellas. Sólo me permito presentar algunos datos estadísticos complementarios, formulados por mister Sullivan y otros funcionarios en lo que concierne a las cinco tribus del Nilguiri.

He aquí el conciso resumen de las páginas del coronel Tornton: 1) Los *errulares* es el primer pueblo que se encuentra después de la caída de agua, en las vertientes de las montañas. Viven en cuevas de tierra y se alimentan de raíces. Ahora, con la llegada de los ingleses, se han vuelto menos salvajes. Viven en grupos de tres o cuatro familias, y su número es de alrededor de mil individuos.

2) Los *kurumbes* encima de ellos. Se dividen en dos ramas: a) Los kurumbes simples, que moran en chozas agrupadas en pueblos; b) los mulu-kurumbes, de repugnante aspecto, de estatura extraordinariamente reducida, que viven en verdaderos nidos en los árboles y se asemejan mas a grandes monos que a criaturas humanas.

Nota. Si bien en las otras ciudades de la India hay tribus que presentan los mismos rasgos generales y los mismos nombres que los errulares y los kurumbes, se distinguen netamente en todo de estas dos últimas, sobre todo de los kurumbes, verdaderos espantajos y malos genios que rehuyen a las demás tribus, salvo los todde reyes y dueños de las “Montañas Azules”.

Como es sabido, *Kurumbu* es una palabra tamil que significa “enano”. Pero mientras los kurumbes de los valles son sencillamente, aborígenes de talla reducida, los kurumbes nilguirianos a menudo no superan tres pies de altura. Estas dos tribus no tienen ninguna idea de las necesidades más elementales, más indispensables de la vida y no han salido aún del estado de salvajismo más grosero, *conservando todos los indicios de la más primitiva raza humana*. Hablan una lengua que más se parece al parloteo de los pájaros y a los sonidos guturales de los simios que al habla humana, aunque muchas veces se les oye pronunciar palabras que pertenecen a muchos dialectos antiguos de la India dravídica. El número de errulares y de kurumbes no excede mil individuos por tribu.

3) Los *kochtares*. Raza aún más extraña. No tienen ninguna idea de la distinción de castas y se diferencian tanto de las otras tribus de las montañas cuanto de los indígenas de la India. Tan salvajes y primitivos como los errulares y los kurumbes viviendo, como

topos, en covachas construidas con tierra y en los árboles, son, cosa singular, notables artífices para trabajar el oro y la plata, herreros, alfareros. Poseen el secreto de la preparación del acero y el hierro; sus cuchillos, como sus otras armas, por su ductibilidad y filo, por su solidez a toda prueba superan en mucho todo cuanto se fabrica en Asia y Europa. Los kotchares no emplean sino un arma, larga como un espetón, muy filosa de ambos lados. La usan contra el jabalí, el tigre y el elefante, y siempre triunfan sobre el animal²⁷. Los kotchares no revelan su secreto por suma alguna. Ninguna de las tribus que moran en la montaña dominan semejante oficio. Cómo llegaron a dominarlo sigue siendo uno de los enigmas que tendrán que resolver los etnólogos. Su religión no tiene nada de común con las religiones de los otros aborígenes. Los kotchares no tienen idea de los dioses de los brahmanes y adoran divinidades fantásticas que entre ellos no se materializan en forma alguna. El número de kotchares, calculado según lo permiten nuestros medios, no supera 2.500 almas.

4) Los *baddagues* o “burghers”. La más numerosa, más rica y más civilizada de las cinco tribus del Nilguiri. “Brahmanistas”, se dividen en varios clanes. Se acercan a los 10.000 individuos y casi todos trabajan en la agricultura. Los baddagues adoran, no se sabe por qué, a los toddes y les rinden honores divinos. Para los baddagues, los toddes son superiores a su dios Siva.

5) Los *toddes*, llamados también todduvars. Se dividen en dos clases principales. La primera es la clase de los sacerdotes, conocida con el nombre de *teralli*: los toddes que forman parte de ella se consagran al servicio de los búfalos, están condenados a un perpetuo celibato y practican un culto incomprensible que ocultan cuidadosamente a los europeos y aun a los indígenas que no pertenecen a su tribu. La segunda clase es la de los *kutti*, simples mortales. Por lo que sabemos, los primeros constituyen la aristocracia de la tribu. En esta poco numerosa tribu, hemos contado 700 hombres, y según el decir de los toddes, su número nunca superó esta cifra.

Con el fin de mostrar hasta qué punto este tema era interesante, agreguemos a los informes de mister Sullivan, la opinión de los autores del libro que apareció en 1853, por orden de la East India Company, *The States in India*, artículo acerca del Nilguiri. En él se habla también de los toddes:

“Esta reducida tribu, atrajo últimamente la entusiasta y seria atención no sólo de los turistas del Nilguiri, sino también de los etnólogos de Londres. El interés que despiertan los toddes es notable. Han merecido la extraordinaria simpatía (*in no ordinary degree*) de las autoridades de Madras. Se pinta a esos salvajes como una raza atlética de gigantes admirablemente bien hechos, descubierta de la más fortuita manera en el interior del Ghat. Su porte está lleno de gracia y dignidad, y se puede caracterizar así su aspecto...”

A esto sigue el retrato que ya conocemos de los toddes. El capítulo acerca de los toddes concluye con la descripción de un hecho que subrayo a sabiendas a causa de su profunda significación y su directa relación con los sucesos de los cuales fuimos testigos –y lo repetimos– con el sentimiento de una ignorancia completa de la historia y el origen de los toddes.

²⁷ Hoy, cuando desde hace mucho tiempo sabemos que los kotchares poseen ese secreto, se les encargan cuchillos y se les entregan armas para afilarlas. Un instrumento muy sencillo, con una lámina tosca, fabricado por un kotchar se paga varias veces el precio del mejor cuchillo de Sheffield.

–“Los toddes no emplean arma alguna *salvo un bastoncillo de bambú que nunca abandona su mano derecha*. Todos los esfuerzos por penetrar en el secreto de su pasado, de su lengua y su religión, siguen siendo absolutamente vanos; es *la más misteriosa tribu entre todas las poblaciones nativas de la India*”.

Mister Sullivan no tardó en verse *enteramente sojuzgado* por “los Adonis del Nilguiri”, como los llamaban los colonos y plantadores más antiguos de las “Montañas Azules”. Era el primero, quizás el único ejemplo en la india inglesa, de un funcionario inglés, de un *barasaab*, que fraternizaba abiertamente, entraba en relaciones casi íntimas, amistosas con los aborígenes, sus súbditos, como lo hacía el colector de Kuimbatour. Como recompensa por haber donado a la Company un nuevo trozo de territorio en la India, dieron a mister Sullivan el cargo de “administrador general” de las “Montañas Azules”. Y mister Sullivan vivió treinta años en esas montañas, allí murió.

¿Qué era, pues, lo que lo seducía en esos seres? ¿Qué podía haber en común, en efecto, entre un europeo civilizado y seres tan primitivos como los toddes? A esta pregunta, como a muchas otras, nadie pudo todavía contestar. ¿No se debe acaso a que lo desconocido, lo misterioso nos atrae como el vacío y, provocando el vértigo, nos arrastra hacia ellos como a un abismo? Desde el punto de vista práctico, los toddes, naturalmente, no son sino salvajes por completo ignorantes de todas las manifestaciones más elementales de la civilización. Hasta se muestran, pese a su belleza física, como seres bastante sucios. Pero no se trata de su envoltura exterior, el problema reside en el mundo interior, espiritual de ese pueblo.

Ante todo, los toddes *no conocen en absoluto la mentira*. No existe en su idioma palabra que exprese “la mentira” o “lo falso”. El robo o la sencilla apropiación de lo que no les pertenece, también lo desconocen. Basta leer sobre ese particular lo que escribe el capitán Garkness en su libro: “Una extraña tribu aborígen”, para convencerse que esas cualidades no son el solo producto de nuestra civilización. He aquí lo que dice ese célebre viajero:

–“Habiendo vivido cerca de doce años en Uttakamand, declaro categóricamente no haber encontrado nunca, en los países civilizados, como entre las razas primitivas, un pueblo que manifestase el respeto religioso hacia el derecho *meum et tuum*, (lo mío y lo tuyo). Inculcan ese sentimiento en sus niños desde la más tierna edad. Nosotros (los ingleses) no hemos encontrado hasta ahora un solo ladrón entre ellos... Engañar, mentir, les parece absolutamente imposible, no saben lo que es... Como entre los indígenas de los valles de la India del Sur, la mentira, según ellos, es el pecado más vil, más imperdonable. La prueba tangible de ese profundo sentimiento innato en ellos se manifiesta en el pico de Dodabet, en la forma de un templo *único*, consagrado a la divinidad destituida: *lo Verdadero*. Mientras que, entre los habitantes de los valles, el símbolo mismo y el Dios son muy a menudo olvidados, los toddes adoran a los dos, sustentando respecto de la idea y del símbolo, en la teoría y en la práctica, el sentimiento del más sincero, más inalterable respeto...”

Dicha pureza moral de los toddes, las raras cualidades de su alma atrajeron hacia ellos no sólo a mister Sullivan sino a muchos misioneros. Es menester comprender la significación de esos elogios expresados por seres que no tienen costumbre de alabar en

forma desmedida a los hombres a quienes no producen impresión alguna²⁸. Y por cierto la llegada de los misioneros y, en general, de los ingleses, desde el primer hasta el último día, no producía más impresión en los toddees que si esos salvajes fueran simples estatuas de piedra... Hemos conocido a misioneros, y hasta un obispo, que no temieron poner la moralidad de los toddees como ejemplo a su grey “de gente bien nacida”, públicamente, en las iglesias, el domingo.

Pero los toddees poseen otra cosa aún más seductora, sino para las masas en general, y los estadísticos en particular, al menos para aquellos que se dedicaron por entero al estudio de los lados más abstractos de la naturaleza humana: es el misterio que los seres sienten al estar en contacto con los toddees y es la fuerza psíquica de la que hablé anteriormente. Nos queda mucho por decir acerca de esos dos aspectos profundos de su alma...

El colector pasó diez días en las montañas, regresó a Kuimbatour, luego fue a Madras, con el fin de redactar su informe en la oficina central de la Company acerca de su viaje por las “Montañas Azules”. Luego de haber cumplido su deber, Sullivan regresó en seguida a las montañas que ya amaba, hacia los toddees que le interesaban mucho. Fue el primero que construyó allí una casa europea, para él, *de la cual cada piedra fue traída por los toddees*. “¿De dónde recogían esas piedras maravillosamente talladas?, el hecho sigue siendo un misterio”, nos dijo el general Morgan.

Desde el primer día el colector llegó a ser el amigo, el protector y el defensor de los toddees, y durante treinta años, no dejó de ampararlos, protegiendo aquellos seres y sus intereses contra la codicia y las inicuas usurpaciones de la East India Company. Nunca se refería a ellos más que llamándolos “los dueños legítimos del suelo” (*the legal lords of the soil*) y obligó a los “respetables padres” a tener en cuenta a los toddees. Durante muchos años la Company pagó a los toddees un arriendo por los bosques y llanos que éstos le cedieron. Mientras vivió mister Sullivan, no se permitía a nadie ofender a los toddees ni apoderarse de las tierras que los toddees habían señalado previamente a los ingleses como destinadas a pasturas sagradas, lo cual habían especificado en los contratos.

El efecto que produjo en Madras el informe de mister Sullivan fue enorme. Todos aquellos que se quejaban del clima, que sufrían del hígado, de fiebres y de las otras enfermedades que los trópicos regalan a los europeos con tanta prodigalidad, y que gozaban de la suficiente fortuna para el viaje, se precipitaron todos hacia Kuimbatour. Antaño un poblado sin importancia, en algunos años llegó a ser ciudad de distrito. Al poco tiempo se establecieron comunicaciones regulares entre Metropolitam, al pie del Nilguiri, y Uttakamand²⁹, pequeña ciudad fundada en 1822 a 7.500 pies de altura. Toda la burocracia de Madras no tardó en trasladarse allí, entre los meses de marzo y noviembre. Una villa tras otra, una casa tras otra brotaron en las vertientes floridas de las montañas, como hongos luego de una primaveral lluvia. Después de la muerte de mister Sullivan, los plantadores se apoderaron de casi todas las tierras situadas entre Kotchobiri y Utti. Aprovechando el hecho de que “los dueños de la montaña” se habían quedado con las cimas más altas del Nilguiri para las pasturas de los búfalos “sagrados”,

²⁸ Hasta este día, sea en 1883, pese a todos los esfuerzos de las misiones, ningún todde se convirtió al cristianismo.

²⁹ Se llama más sencillamente “Utti”. Empleamos asimismo ese nombre para referirnos a esa ciudad.

los ingleses usurparon las nueve décimas partes de las “Montañas Azules”. Los misioneros, no dejando de aprovechar la ocasión, se burlaron de los indígenas y de sus creencias en los dioses y genios de la montaña; sus esfuerzos fueron inútiles. Los baddagues conservaron su fe en los toddes, aunque éstos tuvieron que contentarse con las cimas desnudas de las peñas que ahora compartían con los langures. Los “padres” de la Company y, después, los burócratas gubernamentales, si bien seguían considerando a los toddes, en el papel, como los. “propietarios legales del suelo”, se comportaron, tal como ocurre siempre, como “señores respecto de barones”.

Por el momento nadie prestaba atención a los kurumbes. Desde la llegada de los ingleses, los kurumbes habían desaparecido al parecer bajo tierra como si fueran realmente lo que parecían ser: gnomos de aspecto repugnante. Nadie oyó hablar de ellos, nadie los vio en los primeros años. Luego se mostraron poco a poco, estableciéndose a la orilla de los pantanos y junto a los húmedos riscos. Empero no tardaron en señalar su presencia... ¿Cómo?... Los encontraremos en los capítulos siguientes. Ocupémonos ante todo de los toddes y los baddagues.

Cuando el nuevo *orden de cosas*, reconocido, se organizó y las búsquedas dieron comienzo al establecimiento de estadísticas relativas a las tribus descubiertas, nuestros respetables etnólogos se enfrentaron con dificultades que no habían sospechado. No pudieron dominar las insuperables dificultades que encontraron al querer resolver el problema del origen de los toddes: luego de veinte años de esfuerzos, debieron confesar que era tan imposible conocer la verdad acerca de ellos como emparentarlos con cualquiera de las tribus de la India. “Es más fácil llegar al polo norte que penetrar en el alma de un todde”, escribe el misionero Metz. El coronel Khennesey agrega: “La única indicación que pudimos obtener después de tantos años es la siguiente: los toddes afirman que viven en esas montañas desde el día en que “el rey de Oriente” (?) se las otorgó; nunca las abandonaron, ni una sola vez bajaron de las cumbres. Mas ¿en qué época histórica vivió ese *rey* desconocido de Oriente? Nos responden que los toddes moran en las “Montañas Azules” desde *ciento ochenta y siete generaciones*. Si contamos tres generaciones por siglo (aunque vemos cuán larga es la vida de los toddes), dando fe a sus afirmaciones, al parecer se establecieron en esas montañas hace unos 7.000 años. Insisten acerca del hecho de que sus antepasados abordaron la isla Lanka (ningún error en ese nombre como en los otros), viniendo del este, “de los horizontes del sol levante”. Sus antecesores serían los *antepasados del rey Ravon*, monarca demonio mítico, vencido por el no menos legendario Rama, hará cosa de unas veinticinco generaciones, sea mil años que es preciso agregar a la primera cifra, lo que constituye un árbol genealógico cuyas raíces se hundan en un pasado de 8.000 años³⁰. Sólo nos queda aceptar esa leyenda, o confesar francamente que no hay ningún dato que permita aclarar su misterioso pasado...”

Finalmente, ¿quiénes son esos seres?

Evidentemente, el problema es difícil, su solución no adelantó ni un solo paso desde 1822. Todos los esfuerzos de los filólogos, etnólogos, antropólogos, y todos los demás “logos” que en varias épocas llegaron de Londres y París, no fueron coronados por éxito alguno. Muy al contrario: más se esfuerzan los sabios en penetrar en el misterio de los

³⁰ Para el nombre de Lanka, el monarca vencido por Rama y la cifra de los milenarios, véase *La mission des Juifs*, de Saint-Yves d'Alveydre (nota del traductor del texto francés).

toddes, menos las informaciones provistas corresponden a datos científicos que atañen al problema directo. Todas las indicaciones pueden resumirse en una sola: los toddes no pertenecen a la humanidad ordinaria.

Semejante dato no podía insertarse, claro está, en “la historia de los pueblos de la India”. Ante la insuficiencia de informaciones más seguras, los señores sabios se consolaron inventando algunas hipótesis de las cuales exponemos aquí las más interesantes:

El primer teórico es el naturalista Léchenault de la Tour, botánico del rey de Francia. Ese respetable sabio, en sus cartas³¹ reconoció, no se sabe por qué, en los toddes a cruzados medio bretones, medio normandos, que un naufragio arrojó en la costa de Malabar. Ya habían encontrado cruzados en el Cáucaso, ¿por qué no podría haberlos en las montañas malabaresas? Esta hipótesis no tardó en ser del gusto de los sabios.

Desdichadamente, un hecho aniquiló muy pronto esta poética suposición: ni el idioma ni el pensamiento de los toddes poseen las siguientes palabras: *Dios, cruz, plegaria, religión, pecado*. Los toddes ignoran cualquier expresión que recuerde simplemente el monoteísmo, el deísmo, y es en vano hablar del cristianismo. Tampoco se puede considerar a los toddes como paganos, pues no adoran nada ni a nadie, salvo sus propios búfalos; insisto sobre la palabra *propios*, pues no honran en absoluto a los búfalos ajenos, de las demás tribus. La leche, algunas bayas y otros frutos de *sus* bosques, son su único alimento. Pero no tocan nunca la leche, el queso y la manteca de *otros* búfalos que no pueden ser sus nodrizas *sagradas*. Los toddes nunca comen carne; no siembran, ni cosechan nunca, pues consideran como una tarea inferior todo trabajo que no sea el ordeño de los búfalos y el cuidado de los rebaños.

Esta existencia muestra suficientemente que hay pocas cosas en común entre los cruzados de la Edad Media y los toddes. Además, es preciso recordar que nunca emplean armas y ni derraman sangre, experimentando a este respecto una especie de espanto sagrado. Todos los montañeses del Cáucaso, al nordeste de Tiflis, han conservado muchas armas e instrumentos de la Edad Media; sus costumbres llevan la impronta de las creencias cristianas³². Los toddes no poseen ni un cuchillo, ya medieval, ya moderno. La teoría de Léchenault de la Tour es por completo inverosímil ...

Luego apareció la teoría celto–escita, conocida desde hacía mucho tiempo, machaconeada, pero siempre querida por los sabios y que, en casos semejantes, más de una vez los sacó de apuros. Cuando muere un todde, se lo incinera con su búfalo favorito, realizando ritos harto extraños; cuando el difunto era “sacerdote” se sacrifica de siete a diecisiete de esos animales.

Pero los búfalos no son caballos; y el tipo de los toddes es muy europeo, recordando mucho a los nativos del sur de Italia o de Francia, fisonomía muy diferente de la de los escitas, por lo que sabemos.

³¹ Una parte de las cartas aparecidas desde el 17 de junio de 1820 hasta el 15 de diciembre de 1821 en el *Diario de Madras*.

³² Esos montañeses revelan su origen alemán por la manera de comer las salchichas y calentar la cerveza. La milicia que arman para la guerra lleva cota de mallas y casco con visera. Llevan una *cruz* en el hombro derecho.

Léchenault de la Tour luchó mucho tiempo por sus ideas, pero en cuanto se burlaron de ellas, abandonó su teoría. La hipótesis de los escitas se sigue considerando seriamente, pese a todas las inverosimilitudes.

Luego apareció en escena la teoría eternamente rechazada y que incesantemente resucita, de las diez “tribus perdidas de Israel”. El misionero alemán Metz, con la ayuda de algunos de sus colegas británicos, dotados, como él, de fogosa imaginación, se entregaron con entusiasmo a ahondar esta teoría. Mas, para refutar todas sus fantasiosas afirmaciones, hasta repetir que los todde nunca adoraron a dios alguno, y aun menos al Dios de Israel.

El desdichado alemán, lleno de santa piedad, vivió con los todde e intentó comprenderlos, durante treinta y tres años. Llevaba la vida cotidiana de éstos, los seguía de un lugar a otro³³; sólo se lavaba una vez por año, no se alimentaba sino con lactinios, finalmente engordó y llegó a ser hidrópico. Metz se ató a los todde con todas las fuerzas de su alma honrada y amante, aun cuando no pudo convertir a la religión cristiana a todde alguno, se jactó de haber aprendido su idioma y de haber hablado del Cristo a tres generaciones de todde. Sin embargo, cuando otros europeos quisieron confirmar las opiniones del alemán, se dieron cuenta de que todas sus alegaciones eran falsas.

Ante todo se supo que Metz no conocía ni una sola palabra de su idioma. Los todde le habían enseñado el dialecto kanaresiano que emplean en sus tratos con los baddagues y las mujeres de su tribu. Metz no comprendía cosa alguna de la lengua secreta hablada por los ancianos cuando celebran consejo o cuando se entregan a sus desconocidas ceremonias religiosas, en el *tirieri*, morada santa y severamente custodiada, a veces subterránea, situada tras el establo de los búfalos; templo consagrado a un culto que nadie conoce, salvo los todde. Hasta las mismas mujeres de los todde ignoran esta lengua secreta, ¿tal vez les prohibieron hablarla? En lo que concierne a la iluminación cristiana de los todde, el desdichado Metz, transportado a Utti, enfermo y casi moribundo, confesó muy francamente que, en los treinta y tres años de vida común, no logró bautizar ni a un solo todde, hombre o niño. Empero, esperaba “haber sembrado los gérmenes de una futura educación”.

Sin embargo, ahí también le esperaban decepciones. Padres jesuitas llegaron al Nilguiri, provenientes de la costa occidental de Malabar; a su vez se esforzaron por reconocer en los todde a una colonia de antiguos sirios convertidos al cristianismo o al menos de maniqueos³⁴. Realizaron largas investigaciones. Empleando su acostumbrada habilidad y astucia, los jesuitas lograron entablar relaciones con los todde. No se insinuaron en su confianza, sino que se hicieron amigos de esos salvajes comúnmente silenciosos, y lograron enterarse –para su gran alegría porque aborrecían a los

³³ Si bien los todde no son una tribu nómada y poseen casas, cambian a menudo su lugar de residencia con el fin de encontrar mejores posturas para sus búfalos.

³⁴ Los padres jesuitas desearon probar un día que los todde, como los antiguos maniqueos, adoran la “luz” del sol, la luna y hasta la llama de una sencilla lámpara. Esta adoración por cierto no va en descrédito del maniqueísmo. Por otra parte, los jesuitas mintieron al afirmarlo. Los todde se divertieron mucho con esta idea, cuando se la hicimos conocer, la señora Morgan y yo. Al contrario, muestran profunda aversión por la luz de la luna.

protestantes aún más que a los paganos— que Metz hubiera podido vivir siglos con ellos en la más estrecha amistad sin producirles la menor impresión.

– “La palabra del hombre blanco se parece al pío pío de la *maina* (género de aves parlanchinas) o a la cháchara de los monos” decían los viejos todde a los jesuitas que, en su malévola alegría, no profundizaron ese “cumplido” de doble filo... Los oímos y nos hace reír... ¿Qué necesidad tenemos de sus *dioses* si tenemos a nuestros grandes búfalos?, agregando que Metz les proponía, para reemplazar la fe en sus búfalos, la religión de quienes deseaban sus pasturas y los humillaban cotidianamente³⁵.

A despecho de la suerte común que los todde habían reservado a los discípulos de Loyola, éstos ridiculizaron al honrado alemán, difundiendo acerca de su persona anécdotas por todo el sur de la India. Conocemos y podemos nombrar a jesuitas que fortalecen con todas sus fuerzas a los indígenas en su fe adoradora de la potencia satánica antes que permitir su conversión al protestantismo.

Estos sucesos tuvieron lugar hace diez años. Después los misioneros de las dos religiones no se ocuparon más de los todde. Comprendieron que cualquier intento para convertirlos al cristianismo sólo resultaría en pura pérdida de tiempo. Y, sin embargo, a despecho de esta ausencia de todo sentimiento religioso en esta tribu, los escritores y todos los habitantes de Utti proclaman con unanimidad que no hay población en la India tan honrada, moral y caritativa como los todde. Este puñado de salvajes patriarcales, sin familia, sin historia, sin la menor manifestación (al menos *visible*) de fe en un principio sagrado que no sea su adoración por los sucios búfalos, ha conquistado a todos los europeos por su ingenuidad verdaderamente infantil. Empero, los todde están muy lejos de ser un pueblo bárbaro, como lo demuestra su extraordinaria capacidad de hablar varias lenguas y su tesón en no develar su propio lenguaje secreto.

Sullivan relata en sus *Memorias* cómo platicaba con los todde por largas horas, agregando que no le quedaba otra cosa que callarse en su profunda estupefacción cuando los oía juzgar a los ingleses: “Espontánea y muy justamente los todde comprendían nuestro carácter nacional y con la intuición se daban cuenta de nuestros defectos.”

Acabo de hacer conocer al lector los todde en sus rasgos generales; le conté todo o casi todo lo que se sabe de ellos en la India. Ahora puede abordar el relato de mis aventuras personales y de las observaciones que realicé en medio de esta tribu, tan poco conocida y misteriosa.

³⁵Obras y trabajos de los misioneros padres jesuitas en las costas de Malabar.